



TIERRA SANTA.—Vista de Tiberiades.

## JERUSALEN.

*Carta del Rdo. Moretain, misionero apostólico, canónigo del Santo Sepulcro.*

**U**NA corriente de emigración, fácil de comprobar, vuelve en nuestros días á su antigua patria á los hijos de Israel, dispersos en todos los países del mundo.

Jerusalén es el punto donde principalmente tienden á reunirse los judíos: aquí ejercen el comercio, y por medios más ó menos lícitos logran siempre ganar dinero. Poseen en la ciudad grandes sinagogas, y todos los viernes por la tarde van á gemir, orar y pedir la venida del Mesías al pie de un muro que, según se cree, es un resto del recinto exterior del templo. Difícil es fijar el número de los que habitan la ciudad santa. Los registros de estado civil formados por los turcos lo hacen subir á 40,000, y por otra parte algunos judíos me han asegurado que no pasa de 12,000, pero á lo que parece tienen interés en disminuirlo, pues esta última cifra es evidentemente harto reducida; generalmente se cree que no es inferior á 30,000.

Las localidades de Palestina á las que muestran más predilección los israelitas después de Jerusalén, son Hebrón, Tiberiades y Safet. Los judíos ricos no dejan de ir piadosamente en peregrinación á estas ciudades venerandas: dirigen á ellas en grandes caravanas, montados en asnos y confundidos con sus correligionarios indigentes.

Hebrón, pequeña ciudad de 7,000 almas, á 7 ú 8 leguas al Sud de Jerusalén, posee un monumento célebre,

que una tradición muy antigua, y sin duda alguna fundadísima, señala como lugar de la sepultura de Abraham, Isaac y Jacob. El acceso á este sepulcro, considerado por los musulmanes como uno de los santuarios más santos del Islamismo, está rigurosamente prohibido á los judíos. Una antigua iglesia cristiana, transformada en mezquita (véase el grabado de la pág. 316), cubre la cripta funeraria que encierra los cuerpos de los Patriarcas y de sus mujeres Sara, Rebeca y Lia. En los alrededores de la ciudad se muestra la famosa encina de Mambré (página 317), immortalizada por el recuerdo de Abraham, que plantó su tienda bajo el follaje y fué visitado en ella por los tres mensajeros celestiales. Esta soberbia encina mide más de ocho metros en la base; de su vigoroso tronco salen tres grandes brazos, que son otros tantos gruesos árboles que se subdividen en poderosas ramas. A medio día cubre con su sombra un terreno cuya extensión es de treinta y dos pasos de Este á Oeste. Pero, á pesar de su antigüedad, no es probablemente sino un retoño de la encina de Abraham.

Tiberiades, ciudad de unas 3,600 almas, de las cuales 2,500 son israelitas, ha contado mucho tiempo una escuela floreciente en la que se explicaba la Biblia ó mejor el Talmud, pues este libro, que no viene á ser sino una colección de tradiciones humanas, goza á los ojos de los judíos modernos de mayor autoridad que el primero. De las cuarenta sinagogas de otras épocas quedan solamente cuatro. El lago de Tiberiades, llamado también mar de Galilea, mide cinco leguas de longitud y dos en su mayor anchura (1).

(1) Véase más abajo *Tierra Santa*, pág. 331.



Al Este del lago se encuentra otra ciudad, Safet, que cuenta 600 casas, correspondiendo de ellas 130 á los judíos. Esta es la sede de un colegio célebre, en el que los rabinos comentan el Talmud.

Los ricos israelitas de Europa apenas vienen en peregrinación á los Santos Lugares, y los que emprenden el viaje se vuelven despues de haber satisfecho su devoción ó curiosidad.

Una medida adoptada doce ó catorce años há, favorece singularmente la inmigración de judíos en Palestina. En todos tiempos los individuos de esta nación, diseminados por el universo, han hecho cuestaciones cuyo producto se remitía á los pobres de Jerusalem, mas parece que estos dones no eran equitativamente distribuidos. En su virtud se ha establecido otro sistema que fomenta la inmigración y salva los intereses del pobre. Se han formado cinco ó seis Sociedades á fin de regular el empleo de los fondos, y éstas han establecido en los alrededores de Jerusalem pueblecitos para los israelitas recién llegados. Cada familia recibe, á su arribo en el país, dos aposentos y una pequeña cocina, de lo que se convierte en propietaria mediante un ligero cánón anual. Los réditos de la venta de las casitas, junto con las limosnas generales, se destinan á la construcción de nuevos barrios para los futuros inmigrantes. Por este medio puede en un siglo llegarse á construir una ciudad capaz por lo menos para 200,000 almas.

Sería difícil precisar el número de los judíos que llegan cada año, porque la inmigración es irregular. Pero es lo cierto que los vehiculos de Jaffa vienen siempre llenos de viajeros, pertenecientes en su mayoría á aquella raza; y á juzgar por el ensanche del cementerio que les está reservado, su número aumenta considerablemente en la ciudad y en los arrabales.

Oigo decir que entre los israelitas dispersos por el mundo muchos son indiferentes, incrédulos y aún ateos, pero los que habitan en Jerusalem tienen siempre fe en el Mesías. Sin embargo, parece que no deja de haber algunos que tienen dudas acerca su venida. ¿Ha tenido ya lugar, ó bien hay que esperarla todavía? Cuando alguno está en peligro de muerte hace llamar al *hikana*, y le dice:

—Se acerca mi última hora: si el Mesías vino ya, muero en una falsa religion, y estoy perdido.

—No, repone el sacerdote judío, no ha venido; nada temais, ya vendrá.

—¿Respondes de mi salvación con tu cabeza?

—Respondo de ella.

Y el infeliz enfermo, más ó menos tranquilo, va á comparecer ante aquel de quien reniega todavía en su último momento.

Los periódicos árabes hablaron hace algun tiempo de un proyecto cuya realización tendria por efecto atraer en masa á los hijos de Jerusalem. Conforme á él les venderia el Gobierno turco los territorios de Galaad y de Amana, ocupados por los árabes nómadas del desierto, al Este del Jordan.

Véanse allí todavía hermosos restos de monumentos con millares de columnas corintias en pié ó esparcidas por el suelo. Las ruinas de Amana y de Gerosa son magníficas y corresponden á la época más floreciente de la arquitectura griega. No tendria que hacerse mucho para construir ó reparar estos edificios.

Segun el mismo plan, los judíos se elegirían un emir (príncipe) de su nación para organizar la colonia y gobernarla bajo la autoridad del Sultan, al estilo, por ejemplo, del Jedive de Egipto.

Este proyecto es presentado y poderosamente apoyado por Inglaterra, cuyos intereses políticos serviría á pedir de boca. ¿Se llevará á cabo? Mucho lo dudamos, porque nada grande se hace bajo el Gobierno turco. En vez de esforzarse por levantar las ruinas, las acumula, como puedo atestiguarlo por el gran número de monumentos que he visto desaparecer en los veinte y ocho años que habito en este país.

Lo que se necesitaria, por lo demás, es una renovación religiosa, la conversión del pueblo judío. Que él reconozca á Jesucristo, y todo el Oriente será suyo.

## CHINA.

*Carta del Ilmo. Chausse, coadjutor del Vicario apostólico del Kuang-tong.*

Canton, 20 de Abril de 1882.



RECIBO en este momento del P. Brugnon las siguientes cartas que no necesitan comentario alguno; la primera sin fecha y escrita con lápiz: «A S. I. el señor Obispo, salud en Cristo. Despojado de mis vestidos, me encuentro en poder de dos mil tigres que se preparan á quitarme la vida. He venido á ser trigo de Jesucristo: ¡Dios sea loado!... ¡Mi capilla está reducida á cenizas, mis cristianos han sido robados y los ministros del altar andan dispersos! Algunos de los que me tienen prisionero quieren quemarme, otros arrojarne al rio, y no falta quien propone que se me corte la cabeza. Nada tengo ya de comun con este mundo: todo mi cuerpo es una llaga y está cubierto de lodo: me viene á la memoria la décima estación del Calvario. Me resta sólo una esperanza: he pedido á estos tigres que me ejecuten en el mercado de Vu-kang, pues allí uno de los mandarines inferiores podrá tal vez salvarme la vida. ¡Pobre capilla! ¡Infelices cristianos! ¡Tíer-nos niños míos, que van á quedar huérfanos! Si muero, decid á mi familia, á todos mis bienhechores y compañeros que he pensado en ellos en los últimos momentos y que no les olvidaré allá arriba... Me arrastran; tal vez está todo para concluir. Perdono á todos, y perdonadme también vos, que tan poco os he servido.»

«Kiang-kong, Miércoles Santo de 1882.

«Ilustrísimo señor: Estaba casi muerto, y héme aquí resucitado... Llego á Kiang-kong extenuado, el cuerpo á pedazos, quebradas las costillas, en compañía del mandarin de Vu-kang, que me ha salvado la vida. ¡Oh! ¡qué dolor al encontrarme enteramente desnudo ante millares de personas! Mis cabellos han sido en parte arrancados. Todo lo que llevo encima lo debo á la caridad pública. No tengo un sapeque, ni un vestido, enteramente nada.

«El P. Tchong, creyéndome martirizado, acaba de llegar aquí con objeto de recoger mis despojos. La capilla de Yong-moi-hang está reducida á escombros; los cristianos han sido saqueados, puestos en dispersión, y arden todas sus viviendas! Hoy todavía resuena por do quiera el ruido del tam-tam: dícese que quedan tres capillas para entregar á las llamas: quieren volver á pren-



derme y matar á todos los cristianos. El mandarin sube hoy con 200 hombres, pero nuestros enemigos son 2,000. Si no vienen refuerzos no renacerá la paz en este distrito. No tengo ya ritual, ni vasos para los santos óleos, ni caja para las hostias, ni el cánon de la Misa... No puedo escribiros; todo mi cuerpo está dolorido: ¡tanto es lo que me han golpeado! Mi doméstico Jaime fué arrestado á mi presencia, y no sé lo que ha sido de él: dicese que ha muerto decapitado...»

«Kiang-kong, 12 de Abril de 1882.

«Ilustrísimo señor: Hoy me encuentro algo mejor. Advirtiéndome que mi asunto de Yong-moi-hang no ha terminado aún, que continúan los rumores de persecucion y que mis cristianos no se atreven á salir, reuno las pocas fuerzas que me quedan y voy á daros cuenta de mis tribulaciones.

«El 13 de la presente luna me dirigia á caballo desde Kiang-kong á Yong-moi-hang, por el mercado de Vu-kang, cuando un soldado, llamado Wuongfontzé, reunió unos cuarenta hombres á fin de insultarme é impedirme el paso (hacia ya mucho tiempo que robaba á los cristianos y les perjudicaba cuanto podia). Quise contestar, y me apedrearon, obligándome á que me apease. No pudiendo desembarazarme, abandoné mi cabalgadura y me dirigí á pié á la capilla.

«Mas luego hizose correr la voz de que yo habia dado muerte á dos niños para darlos en alimento á mi caballo; que habia robado una tienda, etc., y en la misma tarde nueve individuos recorrieron el país batiendo el tam-tam y excitando á los paganos á la revuelta. Los cristianos de las cercanias vinieron por grupos durante la noche con objeto de exhortarme á que emprendiera la fuga; pero no hice caso de sus temores. No obstante, al apuntar el día preparé mis maletas y las hice ocultar en las casas de los cristianos.

«Al medio día del 14 de la luna los paganos, con clarín y estandarte al frente, llegan en número de 2,000 y se precipitan sobre mí, fingiéndose enviados por el mandarin. Wuongfontzé va á su cabeza y les excita. En un instante la capilla, la escuela de niños y la residencia del Padre son demolidos é incendiados. Esos bárbaros invaden luego las casas de los cristianos y las saquean completamente, apoderándose así de todo lo que me pertenece. No pudiendo encontrarme, se preparan para prender fuego, cuando por fin soy descubierto con mis gentes.

«Entonces una docena de hombres, verdaderos tigres humanos, se arrojan sobre mí, me arrancan los cabellos y la barba, y me queman por varias partes del cuerpo despues de despojarme violentamente de todos mis vestidos, costándome no poco trabajo el que se me devolvía el pantalon. Me cuelgan por los cabellos y me precipitan de piso en piso hasta la calle, arrastrándome hácia la puerta de la poblacion con el cuerpo cubierto de sangre y lodo, y los miembros ennegrecidos á causa de los golpes. Una vez allí deliberan si será mejor quemarme vivo ó cortarme la cabeza, y toman este último partido. Estoy ya arrodillado con las manos sujetas á la espalda, y levantan la cuchilla, cuando un desconocido se une á mis reclamaciones y pide con energía que se me conduzca al mercado de Vu-kang, en donde se me podrá dar la muerte despues de servir de espectáculo al pueblo durante una noche.

«Vedme ya en camino, arrastrado más bien que andando por mí mismo. Despues de recorrer un espacio de cinco *lys* (2 kilómetros), llegamos al pueblo de Komun-leu, en donde una turba de más de 400 personas entre hombres, mujeres y niños, se unen al cortejo y piden mi cabeza. Precipitanme en un arrozal, despójannme de mi pantalon y me obligan á arrodillarme, á poner la cabeza sobre un banco, y traen la cuchilla fatal. Más de un cuarto de hora permanecí de este modo expuesto á la risa de la multitud y entre la vida y la muerte, cuando el mismo desconocido les obliga á devolverme los vestidos y á hacerme seguir el camino del mercado. Despues he sabido que este desconocido era un satélite que tenia orden de dejar prender fuego á la capilla, insultar y herir al misionero, pero no atentar contra su vida.

«Despues de una nueva marcha de cinco *lys* llego al mercado de Vu-kang, donde la multitud aumenta con más de mil personas que se disputan el honor de golpearme: este me da de bofetones, aquel de puñadas; uno se sirve de su sable, otro de su palo, y otro me arroja al suelo y me pisa sin piedad. Por fin me conducen á la puerta de una pagoda, en donde me atan fuertemente mientras la multitud delibera acerca el tiempo, el lugar y el género de mi muerte. Están disputando entre sí cuando llega el mandarin inferior del país, quien me libra de sus manos y me conduce al pretorio.

«Habia salvado la vida, pero la vida solamente. Mis pérdidas: ornamentos, vestidos, capilla, escuelas, residencia, etc.; las de los cristianos se elevan á una cifra considerable. Cuando me ví en tal estado ante las gentes del pretorio, recordando mis desdichas, los peligros pasados, mis pobres cristianos con sus viviendas en parte quemadas con la capilla, y perdido el fruto de siete años de trabajo, no pude contener mis lágrimas y todos lloraron conmigo. El mandarin ordenó á sus subordinados que me lavasen y me diesen algunos vestidos, y al día siguiente me restituyó todo lastimado á mi residencia de Kiang-kong. El 16 los dos mandarines civil y militar se apersonaron en el lugar de los sucesos, examinaron los destrozos y pusieron presos á cuatro culpables.

«Hoy he sabido que el gobernador, dando asenso á las falsas acusaciones de los paganos contra mí, acaba de escribir al virey. Ya el año último en la primera luna ese populacho habia resuelto poner fuego en mi capilla: escribí entonces al gobernador pidiéndole un edicto, y me contestó que todo eran falsos rumores y que su pueblo era incapaz de tal barbaridad. En la luna 12.<sup>a</sup>, observando que yo traia objetos de Canton y oyendo decir que tenia yo dinero para construir dos nuevas capillas, decidieron nuevamente el saqueo; mas advertido á tiempo, pude prevenir al mandarin local, y el proyecto abortó, pero ha tenido lugar más tarde.

«Entre tanto mi capilla está destruida y han robado todo lo que poseia: no tengo ni una moneda, y he de alimentar á más de treinta personas: réstame una capilla no terminada, que convendria techar luego en prevision de las lluvias. Mis infelices cristianos se ven reducidos á la miseria, y cada día me apremian á que acuda en su auxilio.

«Lléname de tristeza el considerar que, venido á este país siete años há, á nadie he hecho mal, antes al contrario he amado y favorecido á todo el mundo, y no obs-



tante los paganos se esfuerzan ahora por decapitarme y arruinar mis obras...»

El Ilmo. Chausse añade las siguientes líneas:

«Nada tengo que añadir á la elocuencia de estas comunicaciones que he recibido con dos días de intervalo, sino que el querido P. Brugnon ha cumplido el precepto del Apóstol: *In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis possuit, et nos debemus pro fratribus animas ponere*; que ha bebido hasta las heces el cáliz de la ignominia y del sufrimiento, y que puede decir con el divino Maestro: *Videte si est dolor sicut dolor meus*.»

## INDOSTAN.

Carta del P. Gucken, de la Compañía de Jesús, misionero del Maduré.

Satanculam, 25 de Abril de 1882.

**H**ACE algunos meses un elevado personaje que ejerce en estos países considerable influencia, me anunció que deseaba hablarme, y ayer me hizo una visita. Los preludios de un encuentro

indio son por lo comun bastante largos, pues así lo exige la etiqueta. Esta vez, sin embargo, abreviámos mucho. Dejando á parte los cumplimientos ridículos y los pesados circunloquios con que un visitante indio deja raras veces de sazonar su discurso, entré luego en materia, y pregunté á mi personaje cuál era el motivo á que debía el

honor de verle en mi casa. El motivo ya lo sabia yo poco más ó menos, pero queria oirlo de su boca para edificacion de los que nos rodeaban. Su respuesta, traducida del tamul, fué la siguiente:

—Tengo al presente cuarenta y ocho años de edad. Hace treinta y tres próximamente, cuando era yo todavía un niño, asistí un día de Viernes Santo al Paschu (1) en Mananapadhe. Conmovido hasta lo íntimo del alma, lloré amargamente, y desde aquel instante experimenté aversion y repugnancia por las prácticas del paganismo. Los protestantes eran á la sazón omnipotentes en Udhan-cudhy, mi ciudad natal, y me uní con ellos á pesar de la oposicion de mi familia. Aquellos hombres se han servido mucho de mí para sus fines, y yo les he ayudado

poderosamente, siendo su brazo derecho y uno de sus primeros consejeros en todos sus asuntos. El Bishop Sargent (1) sobre todo me ha demostrado siempre el mayor afecto, y aún al presente me conserva toda su simpatía; pero yo hace ya mucho tiempo que no le considero como mi padre, y voy ahora mismo á manifestaros la razon de este mi cambio. Durante el hambre de los años 1877 y 78 me mandó llamar y me dijo: «Es preciso que me deis tal porcion de terreno de vuestra propiedad, en el que levantaré una iglesia, y agruparé al rededor de la misma, con el dinero que el Gobierno me ha encargado distribuir entre los hambrientos, todos los pueblos de los alrededores y los haré cristianos. Vos habréis contribuido en gran parte á esta buena obra, la que de ningún modo podeis rehusarme.» Accedí á su demanda, y le entregué mi terreno, en el que edificó su templo; pero habiendo faltado á las promesas que me hizo, rompí con él, y ya desde entonces no me inspira la menor confianza.

Por lo demás, hacia muchos años que sentia la necesidad de acercarme á los católicos, pues figurábame que

eran los únicos que poseían la verdadera religion. Cierta ministro protestante, á quien pregunté acerca de esto un día, me lo confesó llanamente. «La Iglesia católica, me dijo, es la más antigua, la verdadera Iglesia de Jesucristo.» Añadió incontinenti, escierto, que la religion protestante era tambien el camino del cielo.

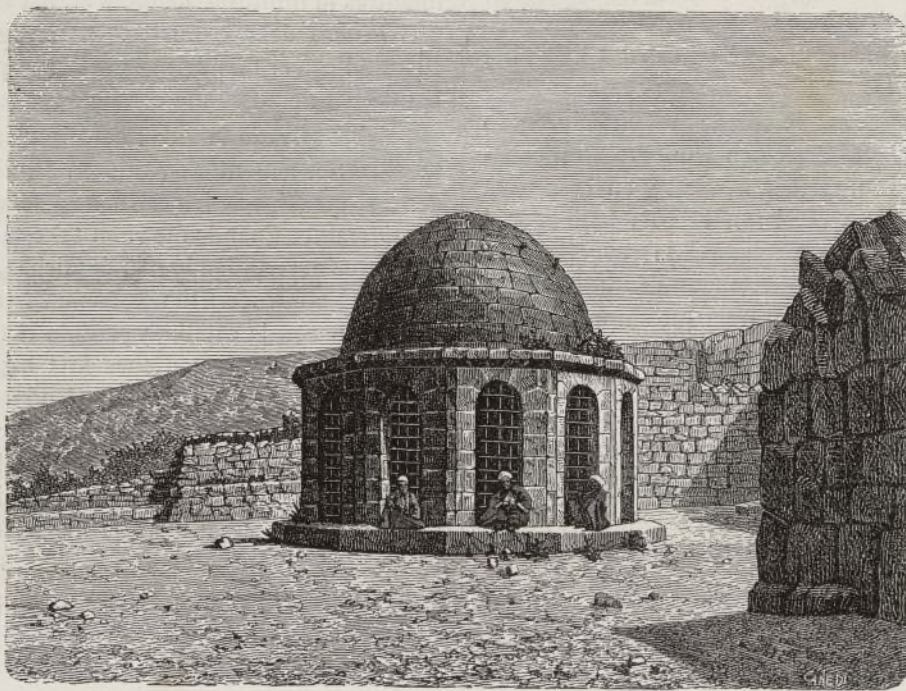
Antes de dar

el paso que doy ahora, lo he reflexionado mucho, y estoy firmemente decidido: quiero ser católico, y cuento ayudaros, Padre, á hacer buen número de católicos.—

En breves palabras le demostré entonces la obligacion estricta, la necesidad absoluta para todo hombre que viene á este mundo, de ser cristiano, verdadero cristiano, afirmando que este es el único medio de tener á los ojos de su Criador y Dueño soberano un lugar de honor.

Mi visitante hubiera querido que desde luego fuéase á su casa; pero le dije que esto no era posible, y de comun acuerdo fijámos el día en que mis gentes irían á tomar informes sobre el terreno, despues de los cuales yo decidiría lo que podria hacer.

(1) Obispo anglicano, uno de los primeros asistentes del obispo protestante de Madras.



TIERRA SANTA.—Sepulcro de Abraham y de los Patriarcas en Hebron. (Pág. 313).

(1) Paschu ó Pascu: Representacion de las escenas de la Pasion.



—Os exhorto, añadí, á no abandonar los buenos pensamientos que os han conducido hoy aquí, porque es el mismo Dios quien os los ha inspirado.

—Ciertamente no me faltarán malos consejos, ya lo sé, me contestó; pues así que se sepa el paso que acabo de dar, el Bishop Sargent vendrá en persona para disuadirme de hacerme católico; pero trabajo inútil para él, porque no logrará modificar mi determinación.

Y levantándose para retirarse, añadió:

—Padre, el día en que el sol empiece su cotidiana carrera de Poniente hacia Levante, ¿se me verá á mí, que ahora os hablo, cambiar una jota á lo que acabo de decir? No lo sé; pero hasta entonces, nunca.

El pueblo de Ambulasery cuenta treinta y cinco hogares. Sus moradores hará cosa de veinte y cinco años que se me presentaron para recibir el Bautismo, y encontrándoles bien dispuestos fui á dicha aldea. Pero el

diablo no se durmió, y púsose en campaña, logrando hacer inútiles estas primeras diligencias. El Cramatar, dueño egoísta y cruel, cuyas fincas cultivaban aquellos infelices trabajadores, puso el grito en el cielo, ordenándoles bajo severas penas que continuasen siendo paganos, como así lo hicieron á impulsos del miedo, á excepción de un jefe de familia, que perseveró durante algún tiempo, viniendo á nuestra iglesia de Satanculam, á siete ú ocho millas de distancia. Pasado algún tiempo aquel buen hombre concluyó por reunirse al pueblo y quedó pagano como los demás. A fin de volver más benigno al Cramatar y obtener su indispensable permiso, agoté todos los medios hábiles. Procuré le hablasen del asunto sus conocidos y mejores amigos, y yo mismo tuve con él una entrevista, en la que le pedí permitiese á sus gentes de Ambulasery que abrazasen la religión cristiana. «El gran Dios os bendecirá, le dije, y también á vuestra familia y propiedades.» ¡Trabajo perdido! ce-



TIERRA SANTA.—Encina de Abrahan en el valle de Mambré, cerca de Hebron. (Pág. 313).

rró sus oídos á todas las razones. ¡Desdichado! ¡Cuán caro paga hoy su orgullo y sus sacrilegos esfuerzos! Dios le ha abatido y humillado, sus bienes han sido vendidos en pública subasta, y se los han distribuido y gozan de ellos á su vista aquellos mismos pobres, en otro tiempo sus servidores, á quienes se imponía con el palo y los castigos.

Después de esto, los vecinos de Ambulasery hubieran podido realizar fácilmente sus proyectos de conversión; empero no lo hicieron, pasándose así quince ó diez y seis años. Con todo, el deseo de hacerse cristianos no estaba enteramente extinguido en aquel pueblo. De vez en cuando llegaban hasta mí lejanos ecos de esos deseos, y en repetidas ocasiones recordé á aquellos infelices paganos sus antiguas promesas. Por fin el 23 de Noviembre último vinieron á encontrarme: no estaban todos los que se presentaron la vez primera, pues algunos habían de-

jado de existir; pero tenía en mi presencia al pueblo en peso, y esta vez firmemente decidido.

Ambulasery contaba tres pagodas, y al día siguiente la mayor y la más pequeña de ellas fueron destruidas. Con sus restos construimos un cobertizo, en el que ofrecí el santo sacrificio de la Misa el 24, y desde entonces sirve de iglesia para nuestros catecúmenos. La tercera pagoda fué conservada y convertida en Sameiel-Pirei (1). Allí preparan mi comida cuando voy á Ambulasery, haciendo oficio de trébedes y sosteniendo la marmita algunas astillas del torpe Puleiar, en otro tiempo rey de este sitio (2).

(1) Sameiel-Pirei: cabaña ó casita para hacer el *sorru*, esto es, para cocer el arroz.

(2) Puleiar: el Cupido indo, el dios que preside los matrimonios en este país. — Ammen é Iseki, dos divinidades femeninas, eran honradas en los dos pagodines destruidos.



Pero la viruela se cebaba en Ambulasery y redobló su intensidad cuando el pueblo se declaró cristiano. Apenas habia transcurrido un mes cuando el principal jefe de familia, que mandaba á todos y á quien obedecieron al convertirse, murió durante una visita que me hizo en Satanculam para hablarme de los asuntos de su pueblo. Este excelente catecúmeno espiró á mi vista y casi puedo decir en mis brazos, despues de recibir con pleno conocimiento el Bautismo y la Extremauncion. A los ojos de la fe su muerte fué preciosa y digna de envidia; pero la fe firme ¿quién la posee en ese pobre país pagano? Aquel hombre murió inesperada y casi repentinamente, lejos de su casa, cuando acababa de convertirse y de convertir á su pueblo... Esto era lo que indudablemente iban á ver, pensar y decir los nuevos neófitos.

Confieso que en tan crítico trance me asaltaron algunas inquietudes, y conociendo el carácter de mis indos empecé á dudar de su perseverancia. ¡A cuántos recién convertidos he visto sucumbir ante pruebas mucho menos fuertes! Aquel mismo día, al anunciar al Padre superior el fallecimiento del jefe en cuestion, le comuniqué mis temores, añadiéndole:

«Esta mañana he oido á dos paganos que confabulaban en la calle. El uno preguntaba á su compañero:

«—¿Qué preparativos de entierro son estos?

«—Ha muerto fulano de tal pueblo, respondió el otro.

«—¿De qué enfermedad? replicó el primero.

«—¡Bah! satisfizo el segundo; se declaró cristiano hace cosa de un mes y destruyó las pagodas de su pueblo: ahora vino á ver al *suami*, y ha muerto esta noche.

«Muchos se expresarán seguramente del mismo modo. Orad para que no desfallezca la fe de nuestros nuevos catecúmenos.»

Y afortunadamente no ha desfalecido. A pesar de la muerte de su jefe, arrebatado en el vigor de su edad, y de las otras diez víctimas de la viruela, nuestros catecúmenos se han mantenido firmes, arrostrando victoriosamente las sugerencias y los malos consejos.

—¿Por qué obstinaros en perseverar en esta nueva vida que habeis abrazado? les decían los paganos. Experimentais muy á vuestra costa que los dioses que abandonásteis os castigan. Volved, pues, á ellos; apaciguad su cólera honrándolos como antes, y no os condenéis voluntariamente á morir todos.

Nuestros catecúmenos, aún los de muy tierna edad, les contestaban:

—Mostradnos una posición en la que no se muera. Idos, idos; por todas partes se muere; y sea que vivamos ó que muramos, tened entendido que nunca harémos traición á nuestras promesas.

Tanto valor y fortaleza de alma entre pobres indos no se explican naturalmente. Esta es obra de Dios, y obra de sus manos: *Digitus Dei est hic*. En el cielo nuestros ojos, maravillados y absortos, verán con toda claridad cuán admirable ha sido Dios en el llamamiento de sus escogidos. ¡A El sea dado todo honor y gloria!

Al presente ha desaparecido ya la viruela en Ambulasery. Alegres y agradecidos nuestros catecúmenos, están cual nunca adictos á su religion, y continúan aprendiendo las oraciones y el catecismo con entusiasmo. Estoy satisfecho de ellos con fundado motivo. Llevo bautizadas ya en aquel pueblo 109 personas entre niños y

adultos, y á no tardar bautizaré el resto de sus moradores.

A poca distancia de Ambulasery hay otro pueblo de 40 á 45 familias, tres de las cuales son ya cristianas. Las restantes prometen serlo también; pero piden que yo compre los terrenos en que están edificadas sus viviendas, para no verse á merced de los Cramatares paganos. Esta adquisicion costaria 300 rupias (650 pesetas).

Mientras escribia estas líneas han venido á encontrarme doce familias que componen una aldea entera de estas inmediaciones.

—Todos nos convertiremos, me han dicho; que el Padre compre para nosotros, pero en su nombre, un 8.º de *pangu* en el lugarejo que habitamos: para esto se necesitan 180 rupias próximamente (400 pesetas). Desde luego entregaremos 50 rupias, que es todo el dinero que tenemos ahora disponible. Paulatinamente os reembolsaremos el resto de la suma adelantada, y solamente entonces se extenderá la escritura en nuestro nombre.

## CEYLAN.

*Carta del Ilmo. Bonjean, oblato de María Inmaculada, vicario apostólico de Jaffna.*

**U**N colegio tan notable como el de San Patricio debía ser el digno coronamiento de todo nuestro gran sistema de escuelas primarias, escuelas florecientes durante estos últimos años, mientras que los herejes cuentan actualmente un número insignificante de discípulos católicos.

No podíamos razonablemente dar á siete ú ocho mil niños católicos la instruccion elemental, disponerles así á desear una enseñanza más superior, y en el momento en que la inteligencia tiene mayor necesidad de ser dirigida, abandonarles á las seducciones de una segunda enseñanza impregnada de herejía ó de naturalismo. De esta suerte nuestras escuelas primarias sólo hubieran servido para alimentar escuelas superiores en las que la fe y las costumbres de nuestra juventud corrieran los más grandes peligros; hubiéramos forjado armas contra nosotros mismos. Además, no hay que hacerse ilusiones, se ha hecho brillar á los ojos de esos pueblos de la India la deslumbradora perspectiva de la ciencia europea; se les ha mostrado esta ciencia como el único medio de elevarse al nivel de los europeos; como el camino que conduce á los honores, á las dignidades, á la riqueza y á la dicha, aunque en realidad el Gobierno inglés reserva todos los privilegios para sus nacionales, y que millares de indios esperarán vanamente durante mucho tiempo la realizacion de sus magníficos sueños. No importa, se ha dado el impulso, y es inútil querer entabrar el movimiento; por lo tanto es conveniente dirigirlo para evitarle los escollos y servirse de él para el bien. Por otra parte, conviene que en las luchas sociales del porvenir estén preparados nuestros católicos para tomar su parte de legítima influencia, que, preciso es confesarlo, no la tienen hoy día: casi todas las posiciones importantes á que pueden aspirar los indios están ocupadas por paganos y protestantes. Esto ha de atribuirse sobre todo al ostracismo á que la intolerancia protestante condenó en otro tiempo á los católicos; al abandono en que éstos se encontraron durante dos siglos, no teniendo para



guiarles sino un escaso número de sacerdotes ignorantes; á la insuficiencia de recursos y de personal de que han podido disponer las Misiones católicas desde su origen; á la dificultad para estas Misiones de dar la enseñanza en una lengua extranjera para la mayor parte de los operarios evangélicos; y, por último, á otras muchas causas que sería ocioso enumerar.

Hoy las Misiones, particularmente la de Jaffna, están en posición mucho más ventajosa, pues gozamos de absoluta libertad de enseñanza, y si cubrimos los gastos de establecimiento y conservación de nuestras escuelas, el Gobierno las subvenciona según una regla uniforme y proporcionalmente al éxito obtenido en los exámenes.

Era, pues, tiempo de dar un paso adelante y de abrir, al lado de nuestras escuelas indígenas é inglesas elementales, un establecimiento de segunda enseñanza. La sagrada Congregación de la Propaganda me había recomendado vivamente que pusiese en ejecución este proyecto, concebido hace mucho tiempo, y por lo mismo, lleno de confianza en la voz que me decía: *Duc in altum*, he llevado por fin el ancla, y el colegio de San Patricio, la primera institución de este género en Ceylan desde la persecución holandesa, ha sido inaugurado con gran contento de los católicos. De este modo hemos atacado la herejía en su último baluarte, en el que se hacía la ilusión de creerse inexpugnable. Los ministros protestantes desde larga fecha están convencidos de la impotencia de sus esfuerzos en el terreno religioso: todo lo han ensayado, construcción de iglesias, predicaciones en las calles, asambleas al aire libre y á la luz de la luna (*moon light meetings*), visitas domiciliarias, enjambre de predicantes, catequistas y ambulantes diseminados con profusión por todos los puntos del país, aún en las más apartadas aldeas; biblias, tratados, álbums ilustrados, libros y hojas volantes, todo ha sido inútil. Las conversiones de cincuenta años atrás, que se explicaban suficientemente por el atractivo de la novedad junto á motivos de interés, no han continuado, y hace mucho tiempo se observa una inmovilidad que exaspera. Más aún, en todos los puntos donde más se ha ejercido la acción protestante, adquiere nuevo vigor el culto de Siva; levántanse pagodas en frente de los templos; periódicos sivistas contestan á los periódicos protestantes con la más cruel rechifla de esa Biblia con que se quería protestantizar á Ceylan. Y no obstante, el Catolicismo prospera, las conversiones son cada día en mayor número, y se levantan hermosas iglesias en lugar de las chocillas de otro tiempo. Así es que wesleyanos, anglicanos, independientes y baptistas, que de sesenta años acá trabajan en Ceylan, derrotados en el terreno de la evangelización propiamente dicha, se han atrincherado en las escuelas donde, á falta de neófitos, hacen leer la Biblia á millares de discípulos paganos que no quedan por eso menos idólatras... Consuélanse diciendo: «A la larga saldrá alguna cosa, si no para la generación actual, á lo menos para la siguiente.» Esta es la razón por que, á pesar de la esterilidad evidente de tantos trabajos, no pudiendo ya ser misioneros se resignan fácilmente al papel de pedagogos.

No sospechaban poco ni mucho vernos entrar en la liza, pues nos creían agobiados con el cuidado espiritual de millares de católicos; juzgaban que no nos atrevería-

mos á llevar la lucha al terreno de la enseñanza, y decíase por todas partes que no éramos capaces para ser maestros, y que aunque lo fuésemos, harto temíamos el progreso de las luces para que nos atreviésemos á ello. Así fácilmente se comprende lo que exigía de nosotros el deber de conservar la fe entre esta innumerable juventud católica, expuesta á ser presa de la infidelidad ó de la herejía. Sea como fuere, nuestros felices resultados en la enseñanza elemental durante los últimos doce años han disipado la ilusión y confundido la calumnia, y la apertura del colegio de San Patricio pone el sello á la demostración é introduce la alarma entre nuestros adversarios. Esta institución es aún muy reciente para que insista mucho en las esperanzas que nos hace concebir. Me limitaré á manifestar que está establecida con todas las condiciones propias para asegurar su existencia: la protección de la Providencia ha sido particularmente visible en su fundación, y no creo en manera alguna temerario esperar felicísimo éxito.

Si éste corona nuestros esfuerzos, la inauguración del colegio de San Patricio en Jaffna marcará una nueva era en los anales de la Iglesia católica de Ceylan, y de ella datará la decadencia de esas funestas Misiones protestantes que han sido para este país un verdadero azote.

## DOS-GUINEAS.

*Carta del P. Gachon, misionero del Gabon.*

San Pedro, 2 de Abril de 1882.



ME de nuevo en el Gabon, entre mis queridos negros: os escribo en la estación de San Pedro, establecida en el puerto francés de Libreville.

Desde mi llegada he tenido la dicha de hacer treinta bautismos. Para abrir la puerta del cielo á esas infelices almas he tenido que andar á veces todo el día bajo un sol de fuego; empero ¡cuán preciosa recompensa para mis fatigas era el ver sus buenas disposiciones!

Entre esas conversiones una hay sobremanera notable, la del rey Jorge. Allí, en efecto, tuve que habérmelas con un viejo Pongüé, polígamo y fetiquista al mismo tiempo. ¿Podía esperarse que ese corazón endurecido sería sensible á los toques de la gracia? Sin embargo, visitábase para exhortarle á convertirse, y me escuchaba atentamente. Luego le conjuré á que se apartase de sus concubinas y me hiciese entrega de sus fetiquios. Este era el punto difícil. Contestóme que estaba dispuesto á no tener en adelante sino una sola mujer, y que respecto á los fetiquios no los tenía ya, en lo que faltó á la verdad, pues había tenido cuidado de hacerlos esconder en lugar seguro. Insistí, pues, demostrándole la futilidad de los ídolos, y entonces me dijo que volviese el día siguiente.

No olvidé presentarme en su casa el primer momento libre. El viejo rey había ya despedido á sus mujeres, á excepcion de su legítima esposa. Conmovióme este acto, y empecé á augurar bien de su conversión. Dile una medalla de la santísima Virgen, y se la hizo colgar al cuello. Lo importante era entonces hacerle entregar los fetiquios, y le apremié de nuevo sobre este punto. No pretendió ya hacerme creer que no los tenía, y aún me entregó algunos, pero no quiso deshacerse de los más grandes. Entonces tuve que retirarme sin lograr entera-



mente mi objeto, y poniendo esta conversion en manos de María.

Al cabo de tres dias volví á su casa, y apenas me vió me dijo:

— Misionero, misionero, quiero darte todos mis fetiquios; es preciso que me bautices hoy mismo.

Mandó entonces que le trajesen sus ídolos, y como se negasen á ello los fetiquistas, exclamó:

— ¿Por ventura no soy yo aquí el dueño? ¡Vosotros queréis precipitarme en el infierno! No, no, dadme esto luego, no quiero adorar sino á Dios.

Estaba enteramente conmovido al pronunciar estas palabras, que con gran trabajo pudo articular, pues se encontraba sumamente débil. En vista de tan excelentes disposiciones no vacilé en admitirle al Bautismo. Supliqué al P. Kraft, entonces de paso para el Gabon, que se lo administrase, y le impuse el nombre de Jorge María. Dos dias despues entregaba á Dios su alma regenerada, feliz con la suprema gracia que le habia concedido.

Algunos dias antes de esta conversion uno de los principales fetiquistas del país me habia entregado todos sus ídolos, prometiéndome no volver á invocarlos.

Si no tenemos el consuelo de hacer cada dia un gran número de bautismos, podemos decir, no obstante, que apenas se pasa dia sin que la gracia se haga sentir de una manera ú otra y obre una ó dos conversiones.

Ayer fuí testigo de una de esas maravillas. Acababa de celebrar la santa Misa cuando uno de nuestros cristianos vino á buscarme para conducirme cerca de una infeliz esclava abandonada por sus amos. Habia pasado la noche en el bosque vecino á su morada: la hice acompañar al hospital de las Hermanas, en donde ha sido bautizada.

La Hermana enfermera encontró asimismo hace ocho dias á una esclava que se moria abandonada en las llanuras de Glass. La hizo llevar á su hospital, en donde espiró la misma noche despues de haber sido regenerada por el Bautismo.



NORUEGA.—Iglesia católica de Cristiania. (Pág. 325).

La semana última, al dirigirme á San Miguel para enseñar el catecismo, encontré por el camino á una negra anciana que casi no podia andar. Preguntéle á dónde iba.

—Voy, me contestó, á buscar un refugio en el hospital de las Hermanas. Mi amo me ha arrojado de su casa á palos porque no puedo trabajar como él quisiera.

Consolé lo mejor que pude á la infeliz, prometiéndole que seria bien recibida: espero que en breve será tambien cristiana.

El número de negros que hemos tenido en el hospital de la Mision se eleva á doscientos durante el año que acaba de terminar. Esto nos ocasiona, es cierto, grandes gastos, y tenemos pocos recursos; pero ¡cómo rehusar un asilo á unos desventurados tan dignos de compasion! ¡Oh! ¡cuánto bien podríamos hacer si contásemos con medios para desarrollar esta obra!



## AFRICA AUSTRAL.

*Carta del P. Deltour, de los Oblatos de María Inmaculada, misionero de Natal.*

**F**UÉ fundada la Mision de Roma en el Basutoland el año 1862 por el Ilmo. Allard, obispo de Samaria, entonces vicario apostólico de Natal. Los primeros misioneros pusieron pié á tierra en la comarca y comenzaron su obra bajo los auspicios del excelente rey Moshweshwe, de gloriosa memoria.

El 8 de Febrero dicho Vicario apostólico celebró la Misa votiva de la Inmaculada Concepcion bajo una tienda, al pié de un monte en el cual el rey tenia su Corte, llamado *Thaba busihu* (montaña de la noche).

La recepcion que dispensó el jefe fué de las más liсонjeras y aún rodeada de cierto brillo exterior. Como amenazaba estallar la guerra entre los boers y los basutos, el rey á quien los primeros apellidaron más tarde



el Leon de la montaña, quiso prepararse á ella encargando á un católico irlandés, el Sr. Barker, que le fundiese un cañon capaz de contestar á los de sus enemigos. El cañon fué fundido en medio de un bosque, con muchas precauciones y misterios, y una vez concluido transportáronlo al pié de la montaña del gran rey, donde estaba todavía cuando llegó el Ilmo. Allard, á quien se hizo un entusiasta recibimiento. El citado Sr. Barker quiso aprovechar la presencia de S. I. para montar el cañon en la montaña, y el rey ordenó que los tres primeros disparos se hiciesen en honor del Obispo católico, con gran descontento de los señores protestantes, cuya principal Mision se encuentra al pié del monte. Desde entónces el rey nos distinguió constantemente con su proteccion y aprecio, llegando hasta á llamarnos sus misioneros; y en todo el país no hay un cafre que no nos conozca al presente con el nombre de *Baruti ba Moshweshwe* (misioneros de Moshweshwe). El rey eligió personalmente el solar para la Mision, y envió á uno de sus hijos para que condujese é instalase en él á los primeros Padres.

El sitio está muy bien escogido. En el centro de un hermoso valle, que produce en abundancia cereales de toda clase, y adosada á un elevado monte, la Mision se encuentra al abrigo de los vientos. No falta allí tampoco la parte poética y pintoresca. Las alturas aparecen coronadas de enormes peñas que forman espantosos abismos. Los flancos de la montaña están salpicados de rocas del más singular aspecto, y que yacen allí para atestiguar la fuerza destructora del tiempo. El príncipe, tan querido y respetado de todos, venia de vez en cuando á visitar á sus *Baroma* (los romanos), como los apellidaba, y quiso que á la Mision se diese el nombre de *Motsi wa ma Jesu* (pueblo de la Madre de Jesús).

El P. Gerardo, que acompañaba al ilustrísimo Vicario apostólico, sabia el idioma zulú; así es que pronto estuvo en disposicion de hablar el sisutu (dialecto de los basutos) y de ocuparse en la predicacion.

En Mayo de 1863 se construyó penosamente una cabaña de terrones que debia servir de capilla hasta 1875, época en que fué reemplazada por otra del mismo género, pero más espaciosa y cómoda. La guerra que estalló en 1864 entre los boers y los basutos retardó la obra de la Mision, de suerte que el primer bautismo de adultos no tuvo lugar hasta el 8 de Octubre de 1865, fiesta del santísimo Rosario, siendo un hombre y seis mujeres los elegidos por Dios.

El año 1866 aportó á la Mision naciente un reclutamiento de 40 neófitos, y desde entonces la pequeña cristiandad continúa aumentando gradualmente, con lentitud, es cierto, pero sin interrupcion. El anciano rey venia con placer á visitar á sus misioneros, á quienes demostraba su simpatía y daba consejos. Sus excelentes disposiciones para con nosotros no se desmintieron un momento hasta su hora postrera, que llegó á principios de 1870. En su lecho de muerte mandó llamar al Padre Gerardo, pues queria morir católico, mas el misionero no pudo llegar hasta él. Los protestantes, favorecidos por algunas mujeres del rey que pertenecian á su secta, rehusaron absolutamente abrirle la puerta, y tras larga espera el Padre se vió obligado, con el corazon oprimido de dolor, á volverse á *Roma*. Dios en su misericordia

habrá tenido en cuenta á Moshweshwé su deseo, en recompensa de los servicios que hizo en vida á sus enviados...

Por parte de la naturaleza estamos aquí muy favorecidos: varias fuentes nos proporcionan agua fresca y abundante, tanto para el consumo como para el riego de los jardines.

El suelo es por do quier propio para el cultivo, y con ligero trabajo produce granos y legumbres de toda especie, árboles frutales y demás. El clima es excelente, no descendiendo el termómetro á más de cinco grados bajo cero en el rigor del invierno. Es verdad que las noches son frias y bastante fuertes las heladas, pero el hielo nunca resiste aquí á un sol de diez horas. La nieve nos visita una ó dos veces durante el invierno, que comienza en Mayo para concluir en Agosto; pero ¡qué nieve! no tapiza la tierra un dia entero. El calor, merced á las montañas y á las abundantes lluvias del estío, no es excesivo, y aun suele ser menor que en el Mediodía de Francia.

Los basutos forman una pequeña tribu contando próximamente unas 140,000 almas dispersas en un territorio relativamente limitado. Son muy inteligentes, y se sirven de su natural ingenio para engañarse mutuamente, y mejor todavía, para prender á los extranjeros en sus redes: con esto acumulad todos los defectos, todos los vicios posibles é imaginables; bellaquería, robo, mentira, vanidad, orgullo, celos, pereza, glotonería, y más que todo impureza, y tendréis un cafre hecho y derecho.

El cafre es esencialmente muy hablador y discurre sobre cualquier cosa; mas si en sus conversaciones cae en la exageracion, lo hace con arte y sabe hacerse escuchar; animacion, gestos, chistes, lenguaje lleno de imágenes, nada falta, sino es la verdad, con harta frecuencia ausente. Digámoslo de una vez, la inmoralidad es la llaga del cafre, y particularmente del mosuto (mosuto es el singular de basuto), y es asimismo el más grande obstáculo para la propagacion del Evangelio.

En principio la poligamia es el fin que cada cafre se propone alcanzar, pero en realidad el gran número no es polígamo, pues muchos carecen de medios para serlo. No se encuentra una mujer por menos de treinta ó cuarenta cabezas de ganado, y no dejan de pensarlo mucho antes de decidirse á sacrificarlas, excepto los jefes, que poseen numerosos rebaños.

La lengua y la pluma se resisten á referir las llagas morales de este pueblo: el paganismo nada ha producido de más vergonzoso y repugnante. Así el volver tan infelices almas castas y puras no puede ser sino obra de una gracia especial con que Dios en su misericordia favorece á sus escogidos.

Las fiestas paganas tienen tambien sus atractivos para estos infelices salvajes; primero el de la comida, pues son del número de aquellos de quienes dice san Pablo: «Cuyo Dios es su vientre;» luego el de los cantos, inmorales en su mayor parte, y las danzas simétricas, de las que son muy entusiastas.

Seria menester todo un libro para describir sus costumbres de baile y sus extrañas maneras, sus cantos y gestos, siempre cadenciosos, y así renunció á ello, á lo menos por hoy. Si á estos males añadís el protestantis-



mo, teniendo sobre nosotros todas las ventajas de la anterioridad, del número y de los recursos de todo género, tendréis una idea de los obstáculos que encuentra la religión católica en este país, y podréis comprender al mismo tiempo el poco éxito de nuestras obras. Desde veinte años acá trabajamos sin cesar: los operarios ciertamente no son numerosos, pero estuvieron siempre y están todavía al presente animados de buena voluntad. Una cosa indudable, por lo demás, es que muchos antes que nosotros han encontrado la tarea difícil é ingrata.

Háblase en efecto, en el siglo XVI, del P. Gonzalvo de Silveyra, que fué martirizado en la Monomotapa: trabajó mucho, pero su obra murió con él. Por nuestra parte, pobres misioneros Oblatos, no hemos obtenido mejores resultados que nuestros predecesores. Sin embargo, actualmente somos los únicos que representamos á la Iglesia católica en esta parte del Africa austral, y los únicos que podemos presentar algunos frutos de un largo y penoso trabajo. Mas ¡oh dolor! nos han sido precisos veinte años de apostolado para hacer un millar de bautismos de adultos ó niños y fundar tres Misiones: Motsi wa ma Jesu (vulgarmente *Roma*), Santa Mónica y San Juan, sucursales de *Roma*; San José y San Miguel.

*Roma* posee dos pensionados, uno para niños y otro para niñas. Al presente nuestras escuelas de este punto contienen un centenar de niños enteramente á nuestro cargo, y tenemos que albergarlos, instruirles, vestirlos y mantenerlos, y todo esto gratuitamente. Así, ¡qué responsabilidad y qué carga! No obstante, debemos mantenernos firmes si no queremos ser el juguete de los protestantes, cuyas numerosas clases están muy bien servidas. Lo que á los católicos nos falta son los recursos que les sobran á nuestros adversarios. Respecto á los basutos, nos aman y respetan: todos los jefes están en nuestro favor y nos llaman á sus residencias; pero ¿cómo fundar nuevas Misiones cuando apenas podemos sostener las estaciones existentes?

La última guerra entre basutos é ingleses ha puesto de relieve la abnegación católica. Muchos predicantes abandonaron bonitamente su rebaño y emprendieron la fuga; los demás se mantuvieron encerrados en sus casas, dejando su obra abandonada. Ni una escuela protestante quedó abierta; todo desapareció en menos de un mes. Nosotros, por el contrario, permanecemos en nuestro puesto, cumpliendo todos los deberes del sagrado ministerio como en tiempo de paz. Nuestras escuelas han sido constantemente cuidadas con el mismo desvelo; en vez de menguar han tomado incremento, como lo ha dicho, en pleno Parlamento del Cabo, el diputado de Kimberley.

Los basutos no han dejado de hacer la comparación entre nosotros y los protestantes, y han comprendido de parte de quién está la superioridad. Así la cualidad de romano será en tiempo de guerra un verdadero salvoconducto, y nadie se atreverá nunca á atacar á un sacerdote católico.

En breve os hablaré más particularmente de la Mision de *Roma*, la primera fundada y la que nos da más esperanzas y consuelos.



## MINDANAO.

*Carta del P. Jacinto Juanmartí, de la Compañía de Jesús.*

Tamontaca, 5 de Mayo de 1882.

**M**uy estimado P. Goberna: Hace mucho tiempo que deseo escribir á V. para enterarle del estado de esta Mision del centro de Mindanao, á fin de que pueda valerse V. de las personas caritativas que tanto abundan en esa ciudad, para que nos ayuden á llevar adelante nuestra empresa de convertir á los moros y á los infieles. Este distrito, que se llama del Centro, es á la verdad el centro de la morisma y de la infidelidad; sus habitantes están sepultados en las tinieblas de la ignorancia más crasa. Sólo ha penetrado un rayo de luz desde que abrieron paso las armas en los puntos militares de Pollok y Cottabato, para empezar los cimientos de esta Mision de Tamontaca. Se dió principio evangelizando á los monteses tirurayes como gente más sencilla, para irnos introduciendo en medio de los moros, gente difícil y tan perversa, que tienen la idea de que la guerra contra los cristianos es santa, y que el que muere matando cristianos se salva. Esta raza es numerosísima en este distrito, y á mi juicio no bajan de medio millon los que viven en la dilatada cuenca del Rio Grande, en la bahía Illana y en la laguna de Malanao. Esta gente no se puede conquistar por asalto, sino que es preciso tener mucha paciencia y una firme constancia, rescatándolos de su cautiverio y formando familias cristianas, á fin de que con el ejemplo que les dan los convertidos se les arrimen otros para llevar el mismo género de vida.

Pasan ya de 260 los rescatados, de los cuales hemos formado más de 50 familias cristianas, casi todas ya con fruto de bendición. Tenemos además dos establecimientos, el uno de niños y el otro de niñas, donde reciben una cristiana educacion hasta que estén en disposicion de poder formar parte de las nuevas familias que se van organizando.

En el colegio de niños admitimos personas de todas edades; pero preferimos á los niños pequeños, porque aunque nos cuesta más el criarlos porque han de pasar más años en el colegio, pero se forman mucho mejor, pues no han tomado aún los resabios de la morisma: actualmente tenemos unos 20 que no llegan á 7 años. Aprenden á leer, escribir, contar y la doctrina cristiana: tambien se ejercitan en el canto, y nos da por cierto mucho consuelo oír resonar en el campo en medio de sus tareas y ocupaciones los cánticos religiosos que han aprendido. A más de la instruccion literaria y religiosa, acomodada á su capacidad, procuramos inclinarles al trabajo: los más se dedican al cultivo del campo; otros aprenden algun oficio, segun sea su capacidad.

El colegio de niñas corre á cargo de unas Religiosas venidas de Manila, las cuales no cuentan con otros recursos que la caridad: enseñan á las niñas á leer, escribir, labores de mano y todo lo principal que debe saber una mujer; añadiendo á esto el trabajo del campo, á donde las acompaña siempre una Religiosa. Ya ve V. amado Padre, qué objeto tienen las limosnas que nos mandan para esta Mision; para rescatar á tantos miserables y luego mantenerles y educarles cristianamente. Cuando están en disposicion de casarse les proveemos



de todo lo que necesita una pobrecita familia, como el ajuar de la casa, los instrumentos de labranza, en una palabra, se les da todo, porque no tienen nada: á los casados los mantenemos durante el primer año de matrimonio, hasta que recogen la primera cosecha, fruto de su trabajo; y despues como ya están encaminados y acostumbrados á trabajar, ya saben ganarse el sustento. Este es el único medio de poder fundar sólidamente un núcleo de cristianos, porque no podemos lograr en esta Mision los felices resultados de nuestras Misiones del Norte, donde se reducen muchos monteses é infieles, porque allí encuentran el terreno mejor dispuesto, y la gracia obra mejor en aquellos corazones sencillos; pero en esta Mision encontramos la tenaz resistencia de los moros, quienes influyen poderosamente con los infieles, y por lo mismo hacen más difícil la conversion de éstos.

¿Qué consuelo seria para nosotros ver esta dilatada cuenca del Rio Grande, que comprende más de 40 leguas, poblada ahora de numerosas tribus de moros, verla, digo, convertida en pueblos cristianos con sus templos levantados para honrar á Jesucristo!

Ayúdenos V. con sus oraciones, y procure al mismo tiempo interesar el caritativo celo de tantas personas, quienes sin hacer grandes sacrificios podrán cooperar á esta grandiosa obra, que tanta gloria daria á Dios, al tiempo que procuraria la felicidad temporal y eterna de tantos desgraciados. Gracias á los fondos que por insinuacion del Gobierno destinó nuestro Superior á esta Mision, y á las limosnas que recibimos de las buenas personas de esa, se ha podido dar impulso á esta grande obra; pero para sostenerla y acrecentarla se necesita mucho: confio, sin embargo, que Dios se dignará bendecir nuestros trabajos, haciendo que vaya progresando de dia en dia la conversion de esta gente, tan digna de compasion por la ceguedad en que vive.

## ISLA DE LA MAGDALENA

EN EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS MARQUESAS (OCEANÍA).

El P. Juan Lecornu, de la Congregacion de los Sagrados Corazones, conocida con el nombre de Picpus, antiguo misionero en las islas Marquesas (1848-1868), durmió en el ósculo del Señor el dia 22 de Marzo último á la edad de 72 años.

Habia regresado á Francia para restablecer su salud quebrantada por las privaciones y trabajos de su apostolado de veinte años. Desde mucho tiempo, á pesar del interés vivísimo que le inspiraba su Mision, no podia hacer otra cosa que ofrecer á Dios ardientes oraciones y sufrimientos pacientemente soportados para atraer las bendiciones del cielo sobre una obra á la que habia consagrado sus fuerzas en la plenitud de la edad.

Algunos extractos de su correspondencia demostrarán cuán laborioso debió ser su apostolado, y al mismo tiempo nos darán á conocer el país y las costumbres de los habitantes.

En Octubre de 1853, el P. Juan Lecornu, fué enviado solo á la Magdalena (isla de Fatuiva) para establecer allí la Mision, habiéndole precedido neófitos de Nukuhiva á fin de facilitarle el ingreso. Escribió la siguiente carta á uno de sus hermanos que habia trabajado con él en las islas Nukuhiva y Uapu:

DESCRIPCION DEL PAÍS: COSTUMBRES DE SUS HABITANTES.



VOY á hablaros un poco de la isla para vos desconocida de Fatuiva. La bahía que habito llámase Omoa; es bastante hermosa y cuenta buen número de árboles de pan, aunque tienen poco vigor. Desde la montaña hasta el mar está cortada por un rio que riega y fecunda el valle, y que en la estacion

de las lluvias se convierte en un torrente que todo lo invade.

Por sus contornos las bahías forman aqui verdaderas prisiones de las que no se sale fácilmente. En efecto, el que quiera salir por tierra tiene que resignarse á hacer quizá el sacrificio de su vida, pues hay que subir pendientes escarpadas y descender á través de precipicios cuya sola vista causa horror, no teniendo para sostenerse sino una débil cuerda de *fau*, que es poco sólida y que á lo mejor puede romperse. Si se prefiere salir por mar es preciso montar en una mezquina piragua, exponerse á ser mojado de piés á cabeza y aún á que le zambullen en el mar, que ciertamente no es muy suave en aquellos parajes.

De consiguiente, me veo casi encarcelado en Omoa. Quise cierto dia salir al monte, pero he resuelto firmemente no intentarlo otra vez, y ahora juzgaréis vos mismo si con razon.

A las seis de la mañana me dirigí hácia los montes para visitar la isla en compañía de un irlandés que debia servirme de guia: ningun kanac quiso venir conmigo. A las ocho ya no podia más, y eso que conocéis mi vigor. Proseguimos, no obstante, nuestro camino, y al medio dia llegámos á una bahía desierta, donde pudimos apagar la sed, que nos abrasaba desde la mañana.

Hasta allí el camino era practicable, pero no lo ví tan malo en Uapu ni en Nukuhiva.

Llegado á la orilla del mar, miré por todos lados, y pregunté á mi guia:

—¿Dónde está el camino?

—Aqui.

Y diciendo esto me mostró un pico de doce á quince piés que es preciso escalar como se pueda, ayudándose con las manos. En la altura encontrámos á cada paso sitios asperísimos, que apenas los ofrecian para apoyar el pié, corriéndose continuo peligro de caer en el mar, y á poco llegámos á una escarpadura capaz de desconcertar al hombre más valeroso. No obstante, por allí teníamos que subir la montaña, sin vestigio alguno de camino, y sólo con algunas raices poco sólidas á que asirnos. Si el pié llegara á faltarnos, caeríamos en una profunda sima de la que no saldríamos jamás.

Para colmo de desventura nos extraviámos: subimos, subimos, sin saber dónde estamos. Se nos van los piés á cada momento, y más de una vez estamos á punto de caer. Mi guia se impacienta é irrita... Entonces invoco á Maria, y la Virgen fidelísima se muestra favorable al pobre misionero. El irlandés encuentra por fin el camino, aunque siempre difícil y peligrosísimo. En esta ocasion deslizóse mi pié, y á no sostenerme el guia por el hombro estaba perdido. A las cinco de la tarde aún estábamos lejos de la bahía á que queria dirigirme. Sin embargo, reanimando nuestro valor proseguimos la marcha arrostrando los mismos peligros y dificultades. El sol habia traspuesto ya el horizonte cuando llegámos al lugar tan deseado.

Nunca se habia visto á un misionero en aquella bahía, y apenas nos percibieron llamáronnos á grandes voces. El principal jefe del lugar invitóme á que me hospedase en su casa, y me adoptó por su hijo. El recibimiento fué inmejorable, y hubieran querido retenerme, pero les manifesté que no podia quedarme allí por el



momento, y que más tarde volvería á visitarles. Preguntáronme por qué había venido por tierra, y mi respuesta fué porque no tenía embarcación. Como me propusieron volverme en piragua, acepté con tanto mayor gusto cuanto no sabía de qué modo regresar, pues el solo recuerdo del camino por donde había venido me hacía estremecer. Por lo demás, prometiles permanecer dos ó tres noches en su compañía.

Mi cabaña llenóse en breve de kanacs que acudieron para verme. Les hablé algo de religion, y les canté algunos de sus cantos populares. Desde entonces ya no se me dejó en reposo: era preciso que cantase siempre. En vano les decia que me encontraba fatigado; no cesaban de apremiarme para que cantase, y ellos cantaban conmigo. La mayor parte de la noche, pues, se pasó en cantos.

Al siguiente día vinieron á buscarme para mostrarme el país y traerme alimento. A la hora de comer los jóvenes quisieron conducirme ora á una ora á otra cabaña. Cuando á la tarde les hablé de mi partida para el día siguiente, no querian consentir en ello; pero me mantuve firme y me restituyeron en piragua á Omoa. Por fortuna el mar estaba tranquilo, y digo por fortuna, pues ignoraba la negra conspiración que se tramaba contra mí. Los habitantes de la bahía en que me encontraba están en guerra con los de otra no muy distante. Uno de los enemigos supo mi llegada á la bahía y que partiría al cabo de tres días. Al momento corrió á prevenir á sus jefes, que acudieron para arrebatarme, pero llegaron un día tarde; no obstante causaron tres víctimas. Ya veis que no estoy aquí en seguridad: rogad todos por mí: espero que Nuestra Señora de las Victorias triunfará. (Esta Misión está colocada bajo su advocación).

Ahora voy á daros algunos detalles respecto á la guerra. En Uapu y en Nukuhiva se combate ordinariamente en tierra. Aquí, en La Magdalena, es un verdadero combate naval. Curioso es lo ocurrido recientemente. Como los kanacs no están en disposición de construir fragatas, corbetas, ni siquiera bergantines y goletas, se contentan con sus piraguas dobles, que son aquí muy ligeras y elegantes. Los preparativos de guerra exigen por lo menos seis meses. Conoceis bien á los kanacs, y ya sabéis que nunca se apresuran. Por lo demás, hay que observar una multitud de *tapu* (prohibición que tiene un carácter sagrado). A veces uno cree que todo está concluido, y todo menos eso. Aún no ha hablado el *tubuna* (el artista): habla, pues, y tendido, declarando al fin que la piragua no será feliz si sobre ella no viene á volar el ave. En su virtud va á coger en un lugar *tapu* un ave de bosque soberbiamente adornada á la kanac, y la pasea de uno á otro extremo de la piragua por medio de un bramante. Al momento se dan palmadas y entónanse cantos en honor del ave, que probablemente representa su ídolo. Concluidas las piraguas, se consulta á éste para saber cuándo se deberá transportarlas al mar y empezar el combate. Conforme á su respuesta se prepara la ceremonia y se fija el día del combate.

No se crea que nuestros insulares vayan á la guerra como quiera y en desórden; no, aquí las cosas se hacen con precisión y solemnidad. El día del transporte de las piraguas al mar es para ellos de fiesta; todos los kanacs de la bahía están allí presentes y representan su papel.

Se necesita, en efecto, muchísima gente, cuando llega siquiera á cuarenta el número de piraguas. Formado el cortejo, se desciende de la montaña lanzando los gritos salvajes que os son harto conocidos, y que no dejan de imponer á un europeo que los oye por primera vez. Cada piragua va mandada por un jefe, á quien se lleva en triunfo montado en ella, y que viste su uniforme de gala: cubre su cabeza el *tavabu*, adornado con una soberbia pluma de rabo de junco, ciñe sus sienes una hermosa diadema de conchas de tortuga, y engalana sus piés, manos y cintura con mechones de cabellos. Un manto rojo, artísticamente anudado en los hombros del guerrero, completa su traje. Agita continuamente su abanico y lanza gritos á los que responden todos los que le acompañan. Al llegar junto al mar se botan las piraguas y se da comienzo á un pequeño ejercicio de guerra, despues de lo cual se pasa el día en cantos y festines.

En el siguiente tiene lugar el combate. Descienden al mar á la primera luz del alba, ofreciendo un espectáculo verdaderamente curioso para un extranjero, pues hay tantos trajes diferentes como kanacs. Este viste pantalon francés, que ha estado sin duda en más de una batalla, americana no cortada por cierto exprofeso, y calza sus piés con lo que un tiempo fueron zapatos. Aquel trae por montera un gorro de piel de perro y cubre sus carnes con una camisa hecha girones, se ciñe un cinturón kanac y trae pelluzgones de cabellos en los piés. ¡Contemplad á ese viejo sacerdote pagano. ¡Cómo se pavonea con su holgado redingote, pero sin camisa, ni corbata, ni chaleco, ni pantalones, ni medias, ni calzado alguno! Aquel otro con su manto rojo, su fusil y sus varillas tiene un aspecto marcial. Los jefes traen todos puesto el traje de la vispera.

Las piraguas están en el mar, aguardando la señal de la partida. Sin duda el Campo de Marte de París ofrece grandioso aspecto el día de una revista; pero no obstante un espectáculo de guerra entre los salvajes tiene tanto ó mayor interés. El jefe de cada piragua hace multitud de preguntas propias para animar al combate, á las que responden todos á la vez, y acto seguido se emprende la marcha. Durante la travesía cada jefe excita el ardor guerrero de sus compañeros agitando el abanico, danzando y haciendo la rueda.

Así que se llega frente la bahía enemiga el jefe hace las mismas preguntas que á la partida, y los demás prorrumpen en los mismos gritos: luego se descargan los fusiles y vuélvense siempre en buen orden.

Este primer ataque es una especie de parada; por lo comun no se presenta en esta ocasión el enemigo.

Prosigue así el combate algunos días: se encuentra prevenido al enemigo; se hacen algunos disparos, y cada cual se vuelve por su lado.

La tercera vez el combate fué más serio, y en él los kanacs de Omoa perdieron á uno de los suyos, que fué retirado moribundo en una piragua. Ya no hubo entonces cantos de júbilo, sino gemidos y lamentos. Las mujeres, que habían subido á la cumbre del monte para presenciar el combate, advirtiendo lo que sucedía, descendieron precipitadamente llorando y rasgándose el rostro con bambúes en señal de luto.

Desde entonces descansan, é ignoro cuándo se continuará la lucha.



Sabido es que los kanacs paganos son antropófagos, y que se entregan á tamaño exceso especialmente en tiempo de guerra y contra sus enemigos.

¿Cuándo veremos el fin de estos horrores? La hora en que nos será dado conquistar para la Iglesia y la civilización esos pueblos redimidos con la sangre de Jesucristo es todavía el secreto de Dios; empero las cualidades naturales de estos indígenas, su afición á las ceremonias y cantos sagrados parecen ser una excelente preparacion para el Evangelio. Orad, pues, por nosotros; vuestras súplicas, uniéndose á nuestros esfuerzos, adelantarán la hora de la Providencia para estos pueblos infortunados.

## CRÓNICA.

**Noruega.** — La Mision de Noruega y Laponia cuenta ocho estaciones con residencias fijas, iglesias y capillas: 1.º Cristianía con una hermosa iglesia (pág. 320), dos escuelas y un instituto mixto para niños pobres de la comarca bajo la direccion de las Hermanas de San José de Chambery, y un pequeño hospital; — 2.º Frederikshald, con una iglesia consagrada á san Pedro; — 3.º Bergen, con una iglesia nueva y una escuela; — 4.º Trondhjem, con una iglesia nueva dedicada al sagrado Corazon de Jesús y una escuela; — 5.º Tromsøe, con una iglesia y una escuela; — 6.º Altengaard, con una pequeña iglesia dedicada á san José y una escuela; — 7.º Hammerfest, con una capilla, — y 8.º Frederikshald, estacion nueva y floreciente.

Las conversiones varían todos los años de 25 á 40; á las instrucciones de los misioneros acuden numerosos protestantes; la autoridad civil se muestra tolerante y benévola, y ve sin disgusto como se levantan templos católicos. La Noruega, arrebatada á la Iglesia por la codicia y la violencia, ha entrado indudablemente en la senda de la reconciliación, y lo prueba la rescisión ó modificación de algunas leyes agresivas contra el Catolicismo.

**Asia Menor.** — El Rdo. Polat, misionero de Angora, escribe desde esta ciudad con fecha de 6 de Mayo último:

«Cuando nuestro venerable obispo, Ilmo. Cárlos Arakelian, partió para Constantinopla con objeto de asistir á la elección del nuevo Patriarca, confió interinamente la dirección de los asuntos diocesanos á algunos sacerdotes del clero armenio católico. Despues de la feliz elección del nuevo patriarca, Ilmo. Azarian, para la Sede patriarcal de Constantinopla, todos los Prelados reunidos en sínodo se dispusieron á partir de la ciudad imperial, mas el Ilmo. Arakelian, postrado por la edad y la fatiga del viaje, creyó necesario exponer al Patriarca su impotencia para volver á su diócesis y continuar al frente del gobierno de su iglesia, suplicándole al mismo tiempo que proveyese á la Sede de Angora. En vista de esto el Patriarca consultó á Roma, y el Padre Santo en su alta sabiduría no creyó conveniente aceptar la dimisión de aquel Prelado, y consintió solamente en que permaneciese en Constantinopla, haciendo gobernar la diócesis por un vicario general de nombramiento pontificio. En conformidad á esta orden, el ilustrísimo Patriarca presentó al Padre Santo el Rdo. Holas, antiguo discípulo del colegio de la Propaganda de Roma y uno de los sacerdotes más venerados del clero de nuestra ciudad. El Sumo Pontífice dignóse aprobar esta elección, é invistió al reverendo Holas de todos los poderes de un Ordinario que no son inseparables del orden episcopal. Por su parte el ilustrísimo Azarian pidió y obtuvo el *berat* de S. M. el Sultan,

y se ha recibido esta semana por el correo dentro una bolsa de seda carmesí, con borlas de oro en el extremo, siendo puesto sin tardanza en manos del nuevo vicario general.

«...Ha empezado ya á llover, y si no fuese por las terribles langostas nos crearíamos un poco seguros contra las eventualidades del hambre; mas ¡ay! aquellas reaparecen ahora en mayor número que nunca y han devorado ya gran parte de las cosechas. Cada día los Ancyriotas se ven en la precisión de ir á los campos para destruir tan temibles insectos, y todos los días se ve con sorpresa miríadas negras de langostas salir de las débiles membranas que las envolvían.

«Desde la muerte del gobernador de la ciudad, ocurrida algunos meses há, los robos y asesinatos han ido en aumento, y nuestros cristianos, como siempre, son las primeras víctimas. Vaya un ejemplo entre mil. Un jóven llamado Kamburian encontró recientemente á un paisano musulman que le debía diez pesetas. Como le reclamase su deuda, el irascible turco tiró de su *yatagan* (1), hirió á su acreedor y puso piés en polvorosa. A los gritos de la víctima los transeúntes detuvieron al asesino y lo entregaron á la policía; pero ¡qué policía! Antes de dos horas el agresor se había ya evadido del aposento en que le encerraron bajo pretexto de sujetarle á un primer interrogatorio. A las reiteradas instancias de los parientes la policía se puso en persecución del asesino, y empleó quince días para encontrarlo. Por fin se le encerró en un calabozo, cargándole de pesadas cadenas. En cuanto al infortunado jóven, á las veinte y cuatro horas exhaló el postrer suspiro.»

—Escriben de Trebisonda que el Ilmo. Marmarian se encuentra actualmente en situación bastante apurada, pues ha sacrificado todas las rentas de las escuelas para favorecer el establecimiento de los Hermanos de las escuelas cristianas, cuyas clases prosperan y cuentan hoy 200 niños entre los cuales hay muchos cismáticos. Sostiene también á las Hermanas de la Inmaculada Concepción, cuya escuela es muy frecuentada, y lo sería aún mucho más si los recursos permitiesen proporcionarles un local conveniente y proporcionado al gran número de niñas que educan con admirable celo.

De treinta ó cuarenta pueblos disidentes llegan á S. I. demandas de misioneros y promesas de conversiones. El Prelado está muy afligido por la penuria en que se encuentra y que le impide corresponder como quisiera. Desea vivamente dirigirse á Amasia y enviar á diferentes lugares sacerdotes que, poderosamente secundados por los Padres de la Compañía de Jesús, harían gran bien; por desgracia su extrema penuria sólo le permite gemir.

—A consecuencia de la destitución de Abdurrahman-Begh, subgobernador de Amadia en Mesopotamia, los kurdos, aprovechándose de la debilidad del nuevo kaimakan, han reanudado sus depredaciones. Han ocupado los caminos del pueblo de Hakaris y sembrado el terror en todo el distrito, y los pobres caldeos han abandonado sus tierras, dirigiéndose á Mossul para exponer sus quejas á la autoridad local y también al Ilmo. Elie, su patriarca. El ilustrísimo Azarian, advertido al mismo tiempo de la gravedad de la situación, ha dado los pasos necesarios. Se confía llegar á un buen resultado: ya el *vall* de Mossul ha sido destituido y reemplazado por Thazin-Bajá, gobernador de Galipoli. Por desgracia los asuntos de Egipto no permiten obrar con más vigor.

—Las noticias del interior continúan siendo buenas bajo el aspecto del movimiento de conversión de armenios y búlgaros. Continúan llegando peticiones de pueblos que solicitan la unión con la Iglesia católica. Las sabias medidas que

(1) *Yatagan* es una especie de puñal turco, cuchilla cuya hoja es oblicua, formando el filo hácia la punta una curva reentrante.



Leon XIII ha tomado en favor de los ritos orientales y de sus jerarquías contribuyen grandemente á que desaparezcan poco á poco las preocupaciones que las Iglesias no unidas del Oriente alimentaban contra la Santa Sede. El elemento armenio y búlgaro es el que inaugura la grande obra de la union del Oriente con la Iglesia latina.

No tardará en seguirle el elemento griego, pero su evolucion será más lenta. El establecimiento del rito griego en la antigua iglesia de Grotta-Ferrata, cerca de Roma, ha sido acogido por la prensa oriental con marcada satisfaccion. Otros hechos de este género acabarán indudablemente por hacer desaparecer esas preocupaciones que han sido causa, no solamente de la decadencia religiosa, sino tambien del rebajamiento social y moral de aquella nacion.

Si el Ilmo. Azarian pudiese disponer de recursos más considerables, instituiria en los centros principales de su patriarcado escuelas y estaciones de misioneros, favoreciendo de este modo el brillo y la influencia de la Iglesia romana en los pueblos orientales.

**Japon.** — De una carta del Rdo. Sauret, misionero del Japon meridional, extractamos los pasajes siguientes:

«A mi llegada á Imamura se me ha hecho el más lisonjero recibimiento. Los cristianos están animados de las mejores disposiciones y sólo piden conocer mejor las verdades de nuestra santa Religion para hacer de ellas la norma de su conducta.

«El *cotchó* (alcalde de la localidad), que al principio habia suscitado mil dificultades al Rdo. Corre, es hoy uno de mis buenos amigos, tanto por lo menos cuanto puede un pagano ser amigo de un cristiano. Tenia él un reloj de oro que no marchaba bien, y vino á entregármelo para que se lo compusiese. Dos dias despues me enviaba un fusil de viento en mal estado. En el intermedio nos habia hecho traer tres grandes ánades silvestres que vino á comer en compañía nuestra. Nuestro edil sólo pide ahora una cosa, y es que le permita visitarme de vez en cuando para instruirse, no en las verdades de la fe (por desgracia no ha llegado todavía á este punto), sino en las ciencias europeas. Nuestro hombre hace profesion de estimar lo que en el Japon se llama civilizacion. Sigue enteramente la moda, y ha renunciado á todo lo que antes constituia su dicha y le realzaba á los ojos de sus administrados. Ya no se le ve, como en otro tiempo, en las fiestas del *Chogun-tseu* (primer mes del año) visitando á sus parientes y amigos, revestido de la tradicional capa de ceremonia y el sable á un lado. (Véase el grabado de la pág. 332). En una palabra, se ha europeizado. Nos parece, pues, que podemos contar con su benevolencia, y es este un punto importante, pues aquí las autoridades son influyentes, y necesario es hacer algo para conciliárnoslas. Hé aquí un asunto arreglado para más ventaja de mis queridos cristianos.

«Para mi alimentacion sigo el régimen japonés, y parece me prueba. Arroz bien blanco cocido en agua, rociado con té ó con cierta salsa negruzca llamada *choyu*; algunas legumbres ó zumaques en sal; á veces un poco de pescado: tal es mi ordinaria y casi cotidiana comida mañana, medio dia y tarde. Al principio es un manjar insípido, pero no tarda uno en acostumbrarse á él. Lo más difícil era el manejo de los palillos que aquí suplen la cuchara y el tenedor. (Véase el grabado de la pág. 333). Mas con un poco de práctica se consigue la misma destreza de los japoneses. Por otra parte los cristianos aún en su pobreza se ingenian en tratarme lo mejor que pueden. Pero, despues de todo, no he venido al Japon para vivir con comodidad, sino para procurar la gloria de Dios y la salvacion de las almas.»

**Egipto.** — Un Hermano del colegio de San José del Cairo escribe lo siguiente:

«El miedo continúa arrojando la gente de Egipto. El comercio y el trabajo nulos. Los egipcios ofrecen el trigo á mitad de precio, y nadie lo quiere. La situacion actual es para Egipto la peor de todas las guerras.

«Sin embargo, estamos tranquilos. Cuando atravesamos las calles, los que en ellas se encuentran nos demuestran el mayor respeto y el más vivo afecto.

«Tenemos 340 alumnos, entre ellos los hijos de los tres nuevos Ministros. Arabí-Bajá hace cuanto puede para protegernos. En vista de las circunstancias, darémos vacaciones el 15 del corriente, y se volverán á abrir las clases el 1.º de Setiembre.

«Varios padres de familia han desaparecido dejándonos sus hijos, á los que no abandonaremos hasta la muerte.

«A pesar de tanta borrasca continúan nuestros trabajos, y los 60 árabes que en ellos toman parte nos dicen bajo mil formas: «Eres mi padre, no me abandones. Si quieres matarte, yo te defenderé.»

«Nada tenemos que temer de los habitantes del Cairo, que nos profesan gran cariño.

«Religiosos y religiosas todos permanecemos aquí, y estamos de acuerdo en mantenernos fieles en nuestro puesto hasta el martirio.»

**Nueva-Granada.** — El Ilmo. Eugenio Biffi (véase su retrato en la pág. 329), de las Misiones Extranjeras de Milan, antiguo prefecto apostólico de la Birmania oriental, hoy obispo de Cartagena de América, partió de Milan el 26 de Abril último para dirigirse á la nueva Mision que la Santa Sede le ha encomendado. El Ilmo. Marinoni, superior de dicho Seminario, le acompañó hasta San Nazario, en donde se embarcó el 5 de Mayo con su secretario, un joven subdiácono de aquel Establecimiento, el Rdo. Pedro Brioschi.

La noticia del nombramiento del Ilmo. Biffi para el obispado de Cartagena fué recibida en aquella lejana república con grandes demostraciones de alegría. El Prelado, en efecto, no es un extranjero para los pueblos de la Colombia: antes de consagrarse á los cristianos de la Birmania evangelizó algunos años el Estado de Bolivia. El *Porvenir* de Cartagena encontró y publicó muy oportunamente, el 5 de Marzo último, una carta de despido que los habitantes de aquella ciudad escribieron veinte y tres años há, el 21 de Noviembre de 1859, al misionero á quien el Padre Santo llamaba de América para enviarlo al otro extremo del mundo, á fin de que evangelizase á los salvajes de la Indo-China. Creemos se leerán con gusto los pasajes de este conmovedor mensaje que reproducimos á continuacion:

«Al ilustre misionero, al sacerdote Eugenio Biffi, los habitantes de Cartagena.

«Parte para obedecer una orden: aléjase de este suelo, en el que todos quedamos llorando al recuerdo de sus virtudes y de sus beneficios.

«¡Todos lloramos! El moribundo llora en su lecho de muerte, en el que recibia de su boca palabras de consuelo!

«Llora el mendigo que imploraba su piedad, y recibia de su mano lo que el sacerdote se rehusaba á sí mismo...

«¡Seas feliz á donde quiera que vayas; siempre inflamado de celo é infatigable, sublime obrero consagrado al cultivo de la viña del Señor! Continúa imitando á Jesucristo, lleva tu cruz y busca tu grandeza en la humildad.

«Y cuando el gran Dueño que, por justas razones, no ha acogido nuestras súplicas, te permita volver á nuestra tierra, lloraremos tambien, ¡oh Dios! pero entonces será de gozo!»

Por estas palabras se ve bien que, al perder á su amado misionero, los cartageneros no renunciaron á la esperanza de volver á verle. Han esperado veinte años y más; pero



sus votos se han visto finalmente satisfechos y aún sobrepujados: el joven misionero de 1859 vuelve á ellos en 1882 honrado con el episcopado. Leon XIII, escuchando sus súplicas, ha desatado los lazos que unian á aquel valiente apóstol á la Birmania. El Ilmo. Biffi lo refiere por sí mismo en una conmovedora carta de la que tomamos los siguientes pasajes:

«Me encontraba, dice, en mi Mision de Tunghoo, cuando recibí un telegrama conteniendo estas simples palabras: «Venid, el Papa os llama.» Mi sorpresa á tan extraordinaria noticia fué tan grande que caí gravemente enfermo y mis amigos creyeron que dejaría mis huesos en Birmania; pero Dios no quiso aceptar el sacrificio de mi vida. Así que experimenté mejoría partí para Roma, no sabiendo ni pudiendo imaginar el motivo de mi llamamiento. ¡Cuáles fueron, pues, mi sorpresa y asombro cuando Su Santidad me dijo: «¡Iréis á Cartagena como obispo!» Apoderóse un temblor de todo mi cuerpo, y con lágrimas en los ojos supliqué al Padre Santo que no quisiese imponerme tan pesada carga para mis débiles hombros, y que me enviara á Cartagena como simple misionero. Todas mis representaciones fueron inútiles. «Cuando un pueblo entero, me dijo, «os pide por obispo, no puedo descontentar á mis hijos.» Bajé la cabeza diciendo: «Cúmplase la voluntad de Dios.» Y ahora me dirijo á vosotros, oh mis queridos hijos de Cartagena, á quienes nunca he olvidado, y os digo: ¡Vosotros habeis vencido! ¡Héme aquí vuestro prisionero! Mas, os lo advierto desde ahora, tengo derecho á suma indulgencia por vuestra parte por todas las faltas que mi inexperiencia y mi ignorancia me hagan cometer. Deseo reunirme con vosotros lo más pronto posible; pero mi extrema pobreza me crea no pocas dificultades. Comprometí en la Mision de Birmania mi patrimonio, que era bastante módico á la verdad, y así es que en la hora presente llevo no sólo la barba, si que también la bolsa de un capuchino. Estoy completamente pobre: no tengo recursos para el viaje, ni para mis vestidos, ni para mis gastos más indispensables...»

**Estados-Unidos.**—En el *Weekly Express* de San Antonio leemos lo que sigue:

«Un oficial nos refería últimamente que hace algun tiempo encontró en la frontera occidental de los Estados-Unidos, á más de 70 millas de todo establecimiento, una religiosa muy conocida en nuestra ciudad, sor María, sola con un huérfano.

«—A duras penas, nos decia el oficial, me consideraba seguro contra las terribles partidas de merodeadores indios, áun hallándome á la cabeza de una tropa aguerrida y bien armada; así es que no podía acabar de admirar el valor sublime de esa mujer heroica, que para instruir á algunos pobres niños ó confortar á algunos desgraciados exponiase á peligros y privaciones que requieren la fuerza de un hombre de hierro.»

«Sor María no conoce el miedo, y experimenta cierta predileccion por las localidades más salvajes, peligrosas é inaccesibles de la frontera. Habla con suma facilidad el español, el francés y el alemán. Hace años visita la poblacion mixta que confina con las Reservas de los indios; se ha hecho popular en todos esos campamentos de hombres sin fe ni ley, y los salvajes sienten por ella el más profundo respeto.»

—El 29 de Abril pasado recibió la consagracion episcopal en la catedral de Santa María el Ilmo. Gallagher, administrador de Galveston. Fué prelado consagrante el Ilmo. Fitzgerald, obispo de Little-Roch, asistido de los Ilmos. Manue y Neraz. Otros prelados, el venerable arzobispo de Nueva-Orleans, su coadjutor y el obispo de Colombo, tomaron también parte en la ceremonia, que fué muy brillante. El nuevo Obispo recibió de sus antiguos parroquianos el siguiente telegrama: «Al Ilmo. Sr. Gallagher los doce mil

católicos de Columbus y su clero envian sus más respetuosos saludos.»

—El Ilmo. Jannsens, obispo de Natchez, escribe con fecha 25 de Marzo:

«He terminado mi visita pastoral, y tengo muchos motivos para dar gracias á Dios por los consuelos que nos ha dispensado. Hemos encontrado los sacerdotes llenos de celo y animados del espíritu de sacrificio. Este espíritu es muy necesario en nuestra diócesis, y el misionero que no lo poseyese estaria del todo fuera de su elemento, pues son muy pocas las estaciones en las que el sacerdote pueda bastarse sin asistencia. Los viajes se hacen en buques y en ferrocarril, y en el interior del país únicamente á caballo ó en carruaje. Se camina dias enteros para visitar de paso familias dispersas por los bosques. Por todas partes hemos tenido que predicar, pues los americanos son muy ávidos de sermones, y en muchas localidades hemos practicado los ejercicios del Jubileo. En todas las estaciones donde reside el misionero hay iglesias ó capillas bastante bien cuidadas, gracias á las piadosas Damas de la Sociedad del Santísimo Sacramento de Europa y de Washington. Además predicamos en las casas, en las escuelas y hasta dos veces en templos protestantes que se nos ofrecen con mucha bondad y que aceptamos con placer, á falta de otro local conveniente para que pueda reunirse la muchedumbre de oyentes. La asistencia era siempre numerosa, pues los protestantes gustan de oír discursos, sobre todo en los ejercicios de Mision. Algunas conversiones toman origen en uno de esos casos extraordinarios en los que tal vez han tomado parte únicamente por curiosidad. Las preocupaciones han disminuido mucho; los más fanáticos han mostrado benevolencia y á menudo nos han ofrecido la más cordial hospitalidad.

«En esta visita hemos recorrido 4,000 millas (6,500 kilómetros), nos hemos detenido en 55 lugares diferentes; hemos predicado 132 sermones, administrado la Confirmacion á 804 personas, de las cuales hay 125 convertidas á nuestra santa fe. Hemos encontrado en los bosques un resto de la célebre tribu de los Chactas, compuesta de unos 800 individuos que hablan únicamente su dialecto indio. Como bajo el punto de vista espiritual están completamente abandonados, he escrito á los Padres Jesuitas suplicándoles que establezcan una Mision en medio de aquel pueblo abandonado.

«Lluvias abundantes han engrosado todos los rios. El Mississipi ha salido de madre. Este rio, tan grande y majestuoso, es hoy terrible: por todas partes rompe los diques, y se precipita hácia el interior. Todas las tierras bajas han sido inundadas, y millares de personas se encuentran en peligro y en la mayor necesidad.»

## MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

### XV.

Se descubre la muerte de Ismael.—Proclamacion de Muley Hamed en Mequinez.—Disturbios en Fez.—Los montañeses de Tetuan.—Batalla entre las tropas de Hamed y Abd el-Malek.—Los corsarios varados.—Terrible batalla entre los Negros y Abd el-Malek.—Fez y Tetuan por Muley Hamed.—La embajada de Argel y los proyectos de paz.—Excesos y crueldades de Hamed.—La Guardia Negra le destrona y proclama á su hermano.—Vuelve Hamed al trono.—Muere, despues de haber decapitado á Abd el-Malek.



los habitantes de Mequinez les constaba á ciencia cierta que Muley Ismael se hallaba muy enfermo; pero no tuvieron noticia de su muerte sino algun tiempo despues, de la manera siguiente. Como el Sultan comprendia que no era del agrado del pueblo que le sucediera en el trono el hijo de



la favorita, ordenó poco antes de morir al jefe de los eunucos que tuviera oculta su muerte hasta tanto que Muley Hamed tomara todas las medidas convenientes para asegurarse en el trono. Dos meses habian pasado ya desde la muerte del Sultan, cuando el pueblo, deseoso de verle, ó sospechando lo que habia sucedido, se amotinó á las puertas del imperial palacio exigiendo ver á su soberano. Para apaciguar á la multitud y satisfacer sus deseos, se le hizo saber que el Sultan estaba completamente bueno y se fijó un día en que iría en peregrinación para dar gracias á Dios al santuario de Muley Edris (1). El día prefijado se hizo aparecer una carroza completamente cerrada, en la que se pretendia que iba el Sultan, no obstante hacer dos meses que se hallaba sepultado en su palacio de Mequinez, y al llegar á la mezquita de Muley Edris deshízose el engaño, notificando al pueblo la muerte de Muley Ismael, quien, segun dejamos ya indicado, fué llorado como un padre por su pueblo á pesar de los cincuenta y cinco años que lo estuvo martirizando, si bien es cierto que en sus últimos días fué algo más benigno y clemente (2). Inmediatamente despues el bajá Empsael, jefe de la Guardia Negra, colocó en el trono á Muley Hamed y le proclamó sultan, á lo que el pueblo tuvo que someterse por temor á la misma Guardia Negra, á la cual veremos en lo sucesivo quitar y poner emperadores á su antojo.

No sucedió lo mismo en la ciudad de Fez; antes por el contrario, como el nuevo Sultan exigiese la sumision de esta antigua capital del Magreb y pidiese que fuera á Mequinez una Comision de notables para reconocerle como soberano, la poblacion entera contestó que no podia acceder á sus deseos tan pronto como deseaba, á causa de estar sumamente disgustada por la pérdida del último Emperador, y que necesitaba tiempo para deliberar sobre un asunto de tanta importancia. Esta fué la contestacion, empero la verdadera causa era ganar tiempo y ver el aspecto que tomaba la revolucion, que era ya inevitable en las demás provincias.

Grandes medios puso en juego Muley Hamed para consolidarse en el trono; pero el principal, y el que juzgaba que le habia de dar mejores resultados, fué la gran confianza que depositó en los negros, á los que confió los principales puestos, haciendo á la Guardia Negra considerables regalos. ¡Tan grande era ya la influencia que ésta tenia en el Imperio! Pero así que los de Fez se repusieron de la sorpresa que les causó la muerte del viejo Sultan, y reflexionaron sobre la elevacion al trono de un

hombre tan vicioso como Muley Hamed, que tanto distinguia á los negros con desdoro de su raza, se apresuraron á coger las armas, dando principio á su levantamiento con la muerte del gobernador, partidario de Muley Hamed, y de ochenta personas de su servidumbre, vengándose de este modo de la tiranía con que los habia gobernado por muchos años. Despues se apoderaron de dos fortalezas que dominaban la ciudad, arrojando á viva fuerza la guarnicion negra que las defendia.

Entre tanto, con el fin de ganar tiempo y reunir víveres, enviaron una Comision á Muley Hamed que se hallaba en Mequinez, con el pretexto de arreglar estos desagradables asuntos y de hacerle creer que le reconocia por sucesor de su padre Muley Ismael. Por este mismo tiempo los montañeses de Tetuan, conducidos por Abu el-Aisa, descendiente de una de las familias andaluzas que repoblaron aquel país, bajaron de las montañas para destituir al gobernador Hamed, que mandaba en la provincia en nombre del sultan Muley Hamed. El gobernador trató de salir de la ciudad contra los rebeldes, pero los tetuaníes se negaron á acompañarle so pretexto de que podia ser saqueada la ciudad en su ausencia, aunque la verdadera causa era estar en relaciones con los montañeses para destituir al gobernador.

Los cuatro ó cinco mil hombres que habia entonces en el campo de Ceuta rehusaron tambien ponerse á las órdenes del bajá y se negaron á seguirle; por lo que vióse precisado á salir contra los montañeses acompañado de solos quinientos soldados, casi todos de caballería, que le habia traído de Tánger su hermano, al cual dejó por gobernador de Tetuan en su ausencia. Interin el bajá Hamed peleaba contra los montañeses, los tuitaníes hicieron huir á su hermano con la guardia que tenia, y ésta para favorecer la fuga dió fuego al polvorin de la ciudad, volando con él setenta casas y causando mucho daño á las restantes. Irritados los de Tetuan, se vengaron destruyendo el magnífico palacio y los deliciosos y pintorescos jardines que el bajá tenia á dos millas de la ciudad al pié de la montaña de Beni-Hozmar (1), y continuaron en guerra con el gobernador Hamed; pero habiendo reconocido por Sultan á Muley Hamed se sometieron á otro gobernador que éste les mandó, llamado Abd el-Malek Busra.

Al poco tiempo Muley Abd el-Malek, gobernador de Sus el-Aksa, tuvo noticia de la proclamacion de su hermano Muley Hamed como sucesor de su padre, y reuniendo apresuradamente todas las tropas que pudo, vino á encontrarse con las de Muley Hamed, mandadas por su hermano Muley Alí. En el primer encuentro quedaron derrotadas las huestes de Muley Hamed ed-Dahabi por la mala direccion de su general, segun de público se decia. En este combate sufrió mucho la Guardia Negra, ya por la gran aversion que le tenian las tropas de Abd el-Malek, ya tambien por haber éste mandado que á ningún soldado de esta raza le dieran cuartel. Antes de la pelea llegó esta orden á noticia de los negros, lo cual les estimuló á defender con más arrojo el partido de su rey, pues sabian que si triunfaba Abd el-Malek no dejaria vivo un solo negro en todo su reino, en cumplimiento

(1) Este santuario se halla á una jornada de Mequinez, en las ruinas de la antigua *Ualily*, capital que fué de Muley Edris I, fundador de la dinastia edrisita.

(2) Creemos un deber el consignar que, no obstante lo cruel que fué Muley Ismael, respetó bastante á los misioneros franciscanos, quienes durante el reinado de este príncipe tuvieron dos templos en la misma Corte de Mequinez, y dos capillas además, una de los franceses y de los portugueses la otra. En Tetuan, Fez y Salé tenian hospicios con sus capillas y en ellas ejercian el culto católico con completa libertad. Las deferencias y el respeto que Muley Ismael tenia á los religiosos llegó hasta el punto de que, estando construyendo la alcazaba de Mequinez y necesitándose derribar algunas paredes del convento para concluir bien la obra, se lo propusieron así sus cortesanos, pero el sultan contestó diciendo: «No permita Dios que yo toque á ellas.» Hacemos constar este hecho con tanto más placer, cuanto que manifiesta bien á las claras el respeto y veneracion que han sabido adquirirse siempre los misioneros con la práctica de las virtudes cristianas.

(1) Aún hoy se ven las ruinas de este vasto edificio que, al decir de un historiador que por aquel tiempo estuvo en el Magreb, era el mejor del Imperio. Los habitantes de Tetuan señalan este sitio con el nombre de *El-gharsa del-Baxá*, la huerta del Bajá.



del juramento que habia hecho. Resultado de esta batalla fué el posesionarse Abd el-Malek de la ciudad de Marruecos y de todo el reino de su nombre.

En este estado las cosas, los de Fez se declararon abiertamente por Abd el-Malek, y éste, que conocia bien lo mucho que dicha ciudad le podia servir para vencer á su hermano, les escribió una cariñosa carta animándoles á perseverar, y recomendándoles que se defendieran de las fuerzas que contra ellos mandara su hermano Muley Hamed.

Es digno de notarse que esta revolucion fué utilísima para los cristianos, porque los corsarios de Salé no podian hacerse á la mar por falta de cañones que tuvieron que colocar en las murallas para su defensa. En esta ciudad y en Mequinez era en donde únicamente se reconocia la autoridad de Muley Hamed, siendo odiado en lo restante del Imperio.

Los negros, que estaban deseosos de vengar su pasada derrota y de derramar la sangre de los soldados de Abd el-Malek, formaron un respetable ejército, de caballería en su mayor parte, bajo las órdenes inmediatas de Hamed Tariffa, hombre de mucha experiencia y de grandes recursos estratégicos, segun supo acreditar en varias expediciones militares. Con este ejército púsose en camino para Marruecos, y no lejos de sus muros encontró al enemigo, que habia creído más conveniente salirle al encuentro

que esperarle en la ciudad. Allí riñeron un gran combate en el que el negro Tarif, ó Tariffa como le llaman otros, supo llevar á Abd el-Malek á una celada, en la cual hubiera muerto á no ser por el esfuerzo de algunos de sus soldados, que consiguieron sacarlo vivo de la pelea, aunque con tres heridas de bastante consideración. Por esto en la ciudad de Marruecos, donde pudo refugiarse con sus destrozadas huestes, corrió la voz de que habia sucumbido á los golpes del enemigo.

Este desastre fué causa de que Abd el-Malek tomase la determinación de abandonar á Marruecos y de volverse á Tarudant, mientras que los negros y todos los par-

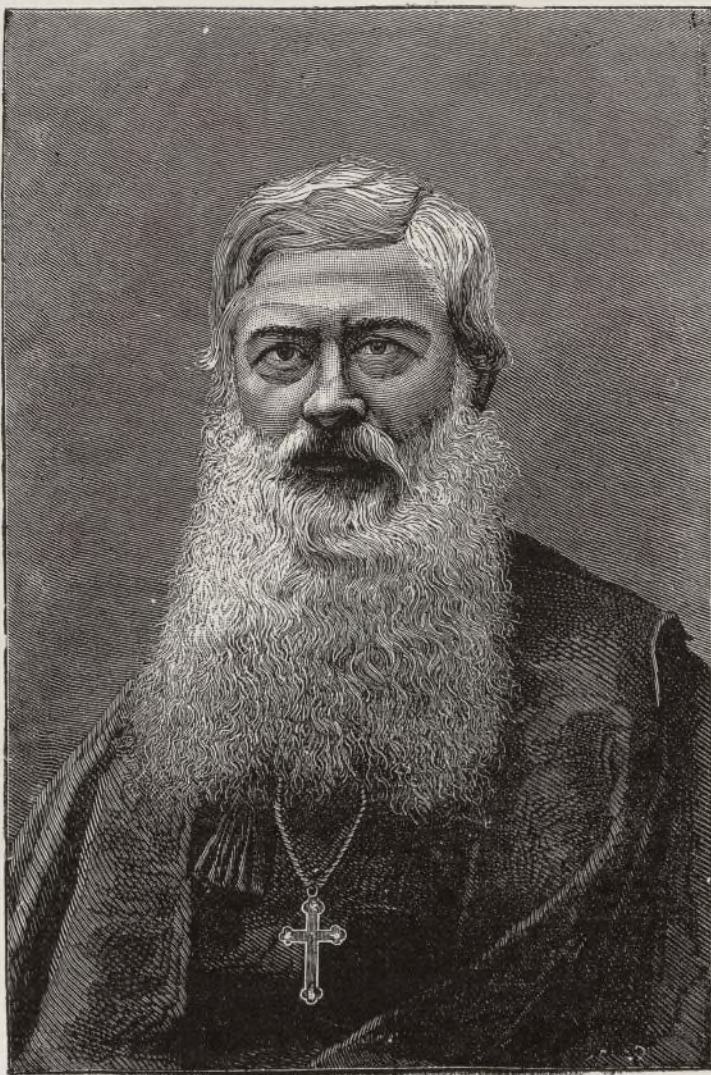
tidarios de Muley Hamed hicieron cundir por todo el Imperio que el vencido Príncipe se hallaba sin caballos, sin pólvora y sin armas, y que le era imposible de todo punto sostener sus pretensiones á la Corona.

Los habitantes de Fez, desconcertados por el resultado de la batalla, y más todavía por haber creído en la supuesta muerte de Abd el-Malek, noticia que la Corte de Mequinez tenia gran empeño en propalar, pensaron seriamente en hacer las paces con Muley Hamed, más por temor de que despues de vencer á sus enemigos descargara sobre ellos el brazo de su ira, que por afición que le tuvieran. Al efecto y sin perder tiempo le enviaron una embajada á

Mequinez con grandes presentes, prometiéndole otros mayores para lo sucesivo, suplicándole al mismo tiempo que les dejara la defensa de la ciudad con sus castillos, y que les concediera la libertad necesaria para comerciar, como hasta entonces lo habian hecho. No hubiera admitido Muley Hamed estas condiciones, pero como sus tropas se hallaban en la frontera de Sus el-Aksa para impedir el paso á las de Abd el-Malek, tuvo que sujetarse á ellas y admitir á su gracia á los de Fez con las mismas condiciones que ellos le habian puesto.

La ciudad de Tetuan, cuyos intereses materiales corrian parejas con los de la de Fez, siguió el ejemplo de ésta, y recibió con gusto al gobernador que Muley Hamed le enviaba.

No tardó, sin embargo, de haber en la ciudad un disgusto general causado por los estragos que en ella hizo su antiguo gobernador Ahmed; cuyo disgusto se manifestó más claramente cuando Muley Hamed envió nuevamente de gobernador á Ahmed. La irritación del pueblo fué tal, que la mayoría de los habitantes determinó abandonar la ciudad é irse al campo de Ceuta para someterse al rey de España. Así lo hubieran efectuado si los vicios y crueldades de Muley Hamed no hubieran ocasionado un general levantamiento, que dió la corona á su hermano, segun diremos más adelante.



Ilmo. EUGENIO BIFFI, obispo de Cartagena en la América del Sud. (Pág. 326).



A fines de Setiembre llegó una embajada de la Regencia de Argel, y propuso en nombre de su Gobierno á la Corte de Mequinez la division de los Estados del difunto Ismael entre los dos hermanos Muley Abd el-Malek y Muley Hamed, proposicion que fué desechada por la Corte toda de este último, que entonces llevaba la mejor parte en sus pretensiones. Algunos dias despues dijose que Ab el-Malek habia escrito repetidas veces á su hermano en este mismo sentido. Muley Hamed, que ya estaba cansado de la guerra y deseaba entregarse con más libertad á sus excesos y placeres, queria aceptar las proposiciones de su hermano, pero le fué imposible acceder á ellas á causa de la gran oposicion que halló en la Guardia Negra y en el primer ministro.

A pesar de esta oposicion notábase un gran disgusto en casi todos los vasallos de Hamed, debido á la tiránica intemperancia con que los trataba. Su crueldad llegó hasta el punto de ordenar quitar la vida á cualquiera de sus súbditos sin motivo ni causa, aún aparente, que justificara su bárbaro proceder. El 11 de Diciembre del mismo año de 1727 interceptó dos cartas que su hermana y una de sus mujeres enviaban á Muley Abd el-Malek: el bárbaro Sultan hizo encerrar por este delito en una fortaleza á la primera, y decapitar á la segunda. Sus brutales excesos, especialmente en la bebida, llegaron al último extremo. Un viernes se presentó en la mezquita á la hora de la oracion (1) completamente embriagado; y arrojando en el pavimento el vino que no le admitia el estómago, quedó privado de los sentidos, con escándalo del pueblo que no deja nunca, al menos exteriormente, de manifestar horror al vino, cuyo uso está estrictamente prohibido en el Korán.

En este estado le llevaron sus negros á la cámara imperial: allí durmió por espacio de muchas horas; y despues de haber recobrado sus facultades trataron algunas de sus mujeres de aconsejarle más moderacion, afeándole su conducta y el escándalo que habia dado á sus vasallos; pero el Sultan, en vez de agradecer tales consejos y arreglar su vida, las mandó apalea y continuó viviendo tan desarregladamente como antes.

No podia ya el pueblo sufrir por más tiempo el yugo de semejante hombre, y era de temer un motin que pu-

(1) Sabido es de todos que el viernes es para los mahometanos dia de descanso. En dicho dia y á la una de la tarde se reunen en las mezquitas para hacer la oracion que les prescribe el Koran. Los gobernadores de las ciudades asisten á estas prácticas religiosas todos los viernes, haciéndose acompañar de sus tropas, que les presentan las armas al salir de la mezquita. Tambien el sultan asiste á la oracion pública en los dias más solemnes del año, y en uno de estos fué cuando Muley Hamed dió al pueblo de Mequinez el escándalo que referimos en el texto. A propósito de este acto de religion séanos permitido hacer constar que durante todo el tiempo que los mahometanos del Magreb emplean el viernes en la oracion del *dobor* tienen cerradas todas las puertas de la ciudad, cuya costumbre reconoce por causa el hecho siguiente: «En el año 1184 de la era cristiana (580 de la egira) murió el emir de los musulmanes Yusef, y le sucedió su hijo El-Mansur. El viernes 6 del mes de *chaaban* entró el Mayorky en Bugía á la hora de la oracion, mientras que todos los fieles estaban en la mezquita. El-Mayorky, habiendo esperado el momento en que todos los fieles estaban reunidos, entró en la ciudad é inmediatamente hizo rodear la mezquita mayor por sus ginetes y peones; acogió á los que le proclamaron y acuchilló á los que no le prestaron obediencia, y fué expulsado despues de haber sido dueño de Bugía por espacio de siete meses. Desde esta época los musulmanes establecieron la costumbre de cerrar las puertas de las ciudades todos los viernes á la hora de la oracion.» — Rud el-Kartas, pág. 385, ed. de París, 1860.

siera fin á tanto escándalo con la muerte de Muley Hamed. Por esto hasta sus mismas mujeres llamaron al Kadi y al Mufti, á quienes afearon su debilidad en obedecer á «una bestia tan brutal.» Reflexionaron éstos sobre el asunto, y llamando á los principales eunucos negros, resolvieron de comun acuerdo hacer saber la infame conducta del Sultan á la Guardia Negra, que entonces se hallaba acampada en Mushar-Aramba, cerca de Salé. Cuando los negros tuvieron noticia de los excesos de Muley Hamed decidieron enviar á Mequinez veinticinco jefes con cuatrocientos hombres para que, bien informados de todo, tomaran la determinacion que les pareciera más conveniente para el bien del Imperio.

Los emisarios tuvieron en efecto una conferencia con los magnates de la Corte, y convencidos todos de lo inepto que era Muley Hamed para gobernar á su pueblo, decidieron encerrarlo en el palacio que ocupó cuando sólo era príncipe, cuya resolucion se llevó á efecto con el mayor orden y sin derramar una sola gota de sangre. Así cayó el sultan Hamed, despues de un año de reinado, impulsado por sus depravadas costumbres; empero pronto le veremos ocupar de nuevo el trono.

Encerrado Muley Hamed en su palacio, reuniéronse todos los Kadis, Muftis y jefes de los negros que habia en Mequinez para proceder á la eleccion de nuevo monarca. Despues de no pocos debates, para evitar el derramamiento de sangre, convinieron todos en proclamar á Muley Abd el-Malek. Acto continuo escribieron á todas las ciudades del Imperio notificándoles esta eleccion y ordenándoles que enviaran á Mequinez diputados para determinar la forma y modo con que se habian de gobernar hasta la llegada del nuevo Sultan. Sacaron luego á Muley Hamed de su palacio acompañado de su primer ministro Empsael, con los tres alcaides que gobernaban en Mequinez, los cuales se habian opuesto á esta determinacion, y despues de atarles de piés y manos, les encerraron en una prision. Sin embargo de haberse hecho todo esto con la ayuda de la Guardia Negra, tuvieron lugar varios combates, aunque fuera de Mequinez, entre dicha Guardia y algunos partidarios del destronado Hamed, que no estaban conformes con el nuevo orden de cosas.

Para evitar ulteriores revoluciones y trastornos se apresuraron los diputados de las ciudades y los magnates de Mequinez á poner en el trono á un hijo de Abd el-Malek que se encontraba allí, interin una Comision de notables de Fez y Mequinez iba á Tarudant, residencia de Muley Abd el-Malek, para ofrecerle la corona imperial de todo el Magreb. Bien pronto volvió esta Comision trayendo en triunfo á su nuevo Sultan, que fué recibido con marcadas muestras de satisfaccion y alegría por todos los de Mequinez. Inmediatamente por consejo de los Cadis y Muftis desterró á su hermano Muley Hamed, enviándolo á Tafilet.

No bien habian pasado los primeros dias de júbilo cuando Muley Abd el-Malek, que siempre habia sido muy humano y caritativo con sus súbditos, principió á vengarse de los antiguos partidarios de su hermano y sobre todo de la Guardia Negra, que habia sido la que más le habia defendido. Llena ésta de coraje y de rabia, hizo venir de Tafilet al desterrado Hamed, que entró triunfante en Mequinez, con júbilo de casi todos sus mo-



radores, y Abd el-Malek huyó á Fez para salvar su vida. En esta ciudad le sitió su hermano; y no pudiendo tomarla por asalto la rindió por hambre, y se sometió á Muley Hamed, prometiendo sus moradores entregar á Abd el-Malek. Muley Hamed, contra la esperanza de todos, perdonó la vida á su hermano, y sólo se vengó encerrándolo en Mequinez y decapitando á sus principales partidarios.

Posesionado del trono Muley Hamed, no teniendo ya nada que temer de su hermano, trató de arreglar las cosas de sus Estados y llenar las arcas del Tesoro, que con las pasadas revoluciones y trastornos habian quedado exhaustas. Con este fin hizo una expedicion á Tombuctú, de donde trajo innumerables riquezas, con las que, además de reponer lo que antes habia en el Tesoro, satisfizo las exigencias de la Guardia Negra, que habia jurado no reconocer á ningun sultan que por ella no estuviera investida del mando. Con estas riquezas y con la reforma de su conducta consiguió Muley Hamed contentar á sus súbditos. Pero en los primeros meses del año de 1729 perdió la vida á consecuencia de sus excesos en la bebida, olvidado ya de sus propósitos de temperancia. Como de paso haremos constar que Muley Hamed, poco antes de morir y sintiéndose ya gravemente enfermo, ordenó quitar la vida á su hermano Muley Abd el-Malek, muriendo así los dos en pocas horas.

## TIERRA SANTA.

### XXII.

#### TIBERÍADES.

**L**A ciudad de Tiberiades fué edificada por Herodes Antipas en uno de los territorios más fértiles de Galilea, á orillas del lago y cerca de las aguas termales de Emmaús. Poblóla de galileos, judíos y hasta de paganos. Aunque les concedió grandes privilegios, muchos no quisieron trasladarse por temor, pues además de que la ciudad habia sido edificada sobre sepulcros antiguos, lo cual era contrario á la ley judaica, el clima era muy cálido y malsano. Herodes hizo á Tiberiades su capital, y la dió el nombre de Tiberio, cuyo favor supo granjearse. Continuó siendo capital de Galilea hasta el reinado de Herodes Agripa II, que prefirió la ciudad de Seforis.

En la época de la sublevacion de la Galilea contra los romanos, Josefo la mandó fortificar y fué á ella muchas veces: en Tiberiades estuvo á punto de ser asesinado. La ciudad se le sublevó más de una vez. Josefo la sojuzgó con solos siete soldados y doscientas treinta naves vacías que trajo de Tariquea. Dejó los buques á alguna distancia, y creyendo los moradores que estaban llenos de soldados, se sometieron.

Cuando Vespasiano se aproximó á Tiberiades, los principales vecinos, precedidos de Agripa su rey, fuéron á arrojarle á sus piés, suplicándole que tuviese compasion de ellos. Vespasiano envió á Trajano para apoderarse de la fortaleza, y entró en la ciudad. Muchos habitantes habian buscado su salvacion huyendo á Tariquea, hasta donde les persiguió Tito, apoderándose de la plaza. Los extranjerios, principales actores de esa resistencia desesperada, se refugiaron en los buques y se hicieron á la vela. Entonces Vespasiano mandó construir

naves para perseguirles, y dió en el pequeño mar de Tiberiades la batalla naval que alcanzó celebridad por la gran mortandad que hicieron los romanos. No se salvó uno siquiera de sus enemigos. El lago, dice Josefo, se tiñó con la sangre y los cadáveres. Al cabo de pocos dias esos cuerpos hinchados y lívidos corrompieron el aire de tal suerte, que la comarca quedó infectada, muriendo 6,500 hombres. Los que no pudieron refugiarse en el lago fueron presos en Tariquea y condenados á muerte por Vespasiano. Llevados á Tiberiades, mandó encerrarlos en el sitio destinado á los ejercicios públicos: los que no eran aptos para las armas, los cuales ascendian á 1,200, fueron muertos; 6,000 hombres fuertes y robustos fueron enviados á Neron para trabajar en el istmo de Morea; 30,400 fueron reducidos á esclavitud, y los restantes regalados á Agripa.

Despues que Tito destruyó Jerusalem, los principales doctores judíos fuéron á Tiberiades y fundaron una escuela célebre, de la cual salieron la *Mischna* ó el texto talmúdico, y la *Masora* ó aparato crítico del texto bíblico. Tiberiades, lo mismo que Jerusalem, Hebron y Safed, es considerada por los judíos como ciudad santa. En las obras de san Epifanio leemos que el conde José, hijo de Tiberiades, descubrió en esta ciudad el *Evangelio* de san Juan y los *Hechos de los Apóstoles*, traducidos del griego al hebreo, y el *Evangelio* de san Mateo en hebreo, como habia sido escrito. Estos libros se conservaban en el tesoro de la nacion judía, cuya llave guardaba el patriarca. José la tuvo algun tiempo en calidad de tutor del jóven patriarca Judas; abrió el tesoro, y encontró los libros, que contribuyeron mucho á su conversion: obtuvo de Constantino el correspondiente permiso para edificar una iglesia en Tiberiades, para lo cual se valió de un gran templo llamado Adrianeum que estaba todavía por terminar. Hasta entonces no se habia permitido á los cristianos vivir en esta ciudad. Desde el siglo V al VIII hubo en ella diferentes obispos, á pesar de las persecuciones que padecieron los cristianos en la época de la invasion de los árabes (636). Cuando los cristianos conquistaron la Galilea, los obispos recobraron su sede, sufriendo durante las Cruzadas todas las vicisitudes que experimentó el reino que fundáran.

Aunque el *Evangelio* no dice que Jesús fuése á Tiberiades, no cabe duda en ello si se tienen en cuenta sus viajes al rededor del lago de Genesaret. En dicha ciudad se venera el santuario llamado iglesia de San Pedro, porque la tradicion ha designado siempre este sitio por ser el mismo en que Jesucristo resucitado confió á san Pedro el gobierno de su Iglesia. (*Evangelio de san Juan*, cap. xxi).

Los árabes dan á Tiberiades el nombre de *Tabaryya*. La ciudad antigua se extendia entre el lago y las montañas, al Sur de la moderna, casi hasta los baños, que distan media legua: debió ser muy considerable á juzgar por los numerosos restos de columnas, fundamentos de edificios y ruinas de todo género que cubren el suelo. La mayor parte de las columnas son de piedra de Egipto.

Las aguas termales, ó baños de Tiberiades, están en el lugar que ocupa el pueblo de Emat ó Emmaús de los antiguos (de *chammat*, *baños calientes*). Dicese que son muy saludables, y para tomarlos acude allí gente de



todas las provincias de Siria. La fuente, situada en la falda de la montaña inmediata, es muy abundante, y su temperatura de 46 á 48 grados Réaumur: los que se bañan se vuelven colorados como cangrejos. Sus limpidas aguas, de sabor salobre, despiden un olor muy sulfuroso, y analizadas dan por resultado sosa, cal, magnesia y mucho ácido de cloruro y azufre: el agua no forma más que un depósito cenagoso. Los antiguos baños se estaban arruinando. Durante su corta dominación Ibrahim Bajá mandó construir los nuevos, mejor dispuestos y servidos de lo que sería de esperar en semejante comarca. En este paraje sentó Vespasiano su campamento.

El lago de Tiberíades, antes llamado lago de Ceneret, Genesaret (*Jardin del príncipe*), y mar de Galilea, mide cinco leguas de largo y dos en su mayor anchura: su nivel está á 625 piés más bajo que las aguas del Mediterráneo, y á corta distancia de su ribera septentrional comienza la depresión del valle del Jordán. Su agua es buena para beber y fácil de sacarse porque no tiene en su ribera sino un peso muy ligero; es tan fría que nin-

guna alteración produce en su temperatura el calor del sol á que la exponen los naturales del país en el estío, y en su seno se encuentran diversas especies de pescados.

El Salvador se complugó en aumentar los prodigios y sus divinas enseñanzas en las inmediaciones de este mar privilegiado. Entre los pescadores de sus riberas escogió sus apóstoles y los hizo pescadores de hombres; y su pesca ha sido tan admirable en la tierra como extraordinaria la que el mismo Jesucristo les dispuso en el lago de Genesaret. Aquí fué donde Jesús calmó la tempestad á la sazón en que un impetuoso huracán ponía en grave riesgo la nave en que iban sus discípulos: dirigió su voz imperiosa al viento y á las agitadas olas, y sucedió en el mar la mayor calma. En este lago se apareció por la noche andando sobre las aguas, y Pedro, queriendo ir hacia El y empezando á hundirse, exclamó: «Señor, sálvame.» En esta comarca fué donde Jesucristo expelia á los demonios y curaba á los enfermos. Una gran multitud se puso en movimiento y seguía á Jesús, quien la alimentaba con su palabra y con la multiplicación mila-



JAPON.—Una visita de ceremonia. (Pág. 326).

grosa del pan en virtud de su omnipotencia. La suegra de san Pedro, el paralítico que bajaron por el techo de una casa, la hija de Jairo, el criado del Centurion y otros muchísimos experimentaron el poder y la bondad de Jesucristo.

¡Cuán hermoso debía ser este mar cuando lo rodeaban quince poblaciones como una corona animada, embellecida por la vegetación más preciosa y magnífica! Hé aquí el cuadro que de esta pintoresca comarca nos ha dejado José: «La tierra que circunda el lago de Genesaret, y que lleva su mismo nombre, es admirable por su belleza y fecundidad. No hay planta ni simiente estéril. El aire es templado y propio para la producción de toda clase de frutos. Allí se crían los árboles de los países fríos, y creciendo á su lado los que necesitan climas suaves y templados: las palmeras, los nogales, los olivos, las higueras y todos cuantos podrían apetecerse, todos se encuentran allí reunidos. Parece que la naturaleza, en esfuerzos de amor hacia este bello país, se complace en

esparcir sobre su dichoso suelo plantas que requieren temperaturas opuestas (1).» Todo esto que escribía el célebre historiador judío subsiste todavía, á excepción de lo que depende de la industria y trabajo del hombre. La naturaleza indudablemente no ha cambiado, pero los esfuerzos humanos que deben secundarla no aparecen. Las montañas que rodean el lago, áridas y blanquizcas, ofrecen desde sus lomas puntos de vista sorprendentes; pero las miradas codiciosas del observador van á perderse entre objetos tristes, macilentos y salvajes. Buscad los bellos jardines, buscad las frondosas arboledas, preguntad por los nogales y palmeras que esa naturaleza feraz y caprichosa hacia crecer á un tiempo á orillas del lago; preguntad por las higueras y viñedos «que regalaban diez meses en el año con frutos exquisitos á los moradores de este país afortunado (2).» Nada veréis, nada

(1) *De bello jud.*, lib. 22.

(2) *Ibid.*



encontraréis, porque nada existe; nadie tampoco os responderá, porque toda esta tierra ha quedado solitaria.

Aparte los rosales, el laurel y algunas palmeras que se levantan al redor de Tiberiades, tan hermosa vegetación ha desaparecido, y las poblaciones están convertidas en ruinas.

## LA MÁGIA Y EL NENÚFAR BLANCO EN KIANG-NAN (CHINA).

### IV.



QUEDA no obstante una cuestión por resolver. ¿Quiénes eran los autores de aquellas turbulencias?

El virey de ambos Kiang y los mandarines sometidos á su jurisdicción afirmaron y repitieron abiertamente en sus proclamas que los perturbadores del reposo público eran y habían sido siempre los miembros de la secta del Pe-lien-kiao. Por lo demás, ni el Gobierno ni los letrados reconocen en el Imperio otra sociedad

secreta que la del Nenúfar blanco, la cual ha cambiado de nombre, y se llama ahora, como va dicho, el Pe-lien-kiao, cuya denominación parece ya admitida oficialmente.

El pueblo piensa exactamente sobre este particular como sus magistrados. El Pe-lien-kiao conspira, en efecto, hace mucho tiempo, sirviéndose hasta de los recursos de la magia para hacer triunfar su causa (1); de manera que todos los súbditos del hijo del sol reconocen en ella al enemigo más temible del Imperio. Tiene su cuartel general oculto, en donde prepara sus armas y forja todos sus planes de ataque. Como en tiempo de Hong-sin-tsuen, todos los iniciados obedecen á ciegas á un jefe, verdadero emperador que reina absoluta y despóticamente sobre todos ellos, aunque no haya podido conseguir reemplazar al último soberano de la dinastía de los manchues. Los hechos que vamos á referir dejarán esta aserción fuera de toda duda.

Hacia el fin de Agosto de 1876 dos agentes de policía secreta cogieron en Chang-hai, junto al puente de los



JAPON.—Comida japonesa. (Pág. 326).

Ocho-Inmortales, un hombre de mala facha, llamado Uang-ven-fo, soldado, que se decía originario de Tchang-cheu aunque hablaba el dialecto del Hu-nan. Se le encontró un pedacito de tela blanca, de unos ocho dedos de largo y seis de ancho, sobre el cual se leían caracteres impresos en tinta azul con algunos dragones pintados. Interrogado sobre el uso que pretendía hacer de este misterioso billete, respondió que un mandarin militar se lo había dado para viajar libremente por todas las provincias, y que con él habían llegado á Chang-hai cinco ó seis compañeros más (1). La policía no se atrevió á llevar más lejos sus investigaciones, apresurándose á devolver la libertad á Uang-ven-fo.

Alguno de los caracteres del antedicho billete tenían un sentido que sólo los iniciados podían entender; pero la significación de algunos otros era clara y precisa. Por otra parte la presencia de los dragones imperiales constituía un indicio revolucionario, contra cuya evidencia

no hay duda que podía valer. Comparándole con el pasquin que, según hemos dicho, apareció en Nanking, este billete constituía á la vez un medio de hacer propaganda, puesto que explicaba las tendencias del Pe-lien-kiao, y un signo de inteligencia y de unión aprovechado por dicha sociedad secreta para turbar nuevamente la tranquilidad del celeste Imperio.

El nuevo nombre de la sociedad es *Zi-hong-dang*, sólo conocido de los iniciados. El de Hong, apellidado Sintsueng, primer jefe de la insurrección de los Tai-ping, se halla repetido cuatro veces en este singular billete, bajo cuyos auspicios (de Hong) y su antiguo estandarte, ha de combatir por la justicia el nuevo ejército. El nombre de Ke-fa (otro jefe rebelde) tampoco ha sido olvidado.

(1) Desde el principio de la dinastía mongola de los Yuen en el siglo XIII, dos miembros de una familia Han, originaria de Loang-tchen, en el distrito de Tchong-ting-fu (Pe-tché-ly) fueron desterrados á la frontera del Leantong «por haber practicado los secretos mágicos del Pé-lien-kiao.» (*Historia general de la China*, por el P. de Mailla, t. IX, pág. 592).

(1) El *Sem-Pao*, correspondiente al 18 de Agosto de 1876.



Con frecuencia anda unido con el de Hong. Todas estas explicaciones fueron dadas por un sectario preso en Po-sé, en Agosto de 1876. Citado ante el tribunal del mandarín de dicha ciudad, fué remitido por éste á U-yuen-pinh, gobernador de Kiang-só, quien se apresuró á enviar al emperador relacion exacta y detallada del asunto, añadiendo los siguientes datos: Cuando un conjurado quiere asegurarse de si una persona cualquiera pertenece al Pe-lien-kiao, se acerca á ella y la saluda, diciendo: «Hong-fo,» es decir: «Os deseo mucha felicidad.» Si el desconocido contesta con la misma fórmula, el conjurado le pregunta: «¿De qué país sois?» El otro debe contestar: «Soy de Yong-gni-siang-pao.» Estas palabras no designan ningun lugar determinado; constituyen una fórmula puramente convencional. Cuando el interrogado no contesta exactamente en estos términos, el conjurado interrumpe sus preguntas, porque ya le consta con toda certeza que no se las há con un hermano adepto del Pe-lien-kiao. Mas si el desconocido contesta que es de *Yong-gni-siang-pao*, el sectario sigue preguntando: «¿De dónde venís?» El otro debe responder: «Vengo de Zang-kiang-se-keu,» fórmula tambien convencional como la anterior. Cuando las preguntas y respuestas se corresponden exactamente de la manera que hemos dicho, no cabe la menor duda de que ambos interlocutores son sectarios. Entonces se ponen en relacion, siguiendo las instrucciones que uno y otro hayan recibido y trabajando para realizar los planes del Pe-lien-kiao (1). El conjurado preso en Po-sé fué decapitado en Su-tcheu.

Las montañas de los nueve dragones mencionados en el billete no figuran en el relato de la grande insurreccion de 1850 á 1864; pero el porvenir les reserva probablemente un papel cuya importancia se puede comprender pasando la vista por el pasquin revolucionario de Nan-king. Situadas en la reunion de tres provincias del Kiang-si, del Tche-Kiang y del Fo-Kien, forman estas montañas una muralla inabordable, al rededor de una hondonada de unas 700 leguas cuadradas de extension, sólo asequible por tres puntos. Sirve de guarida á los rebeldes de toda procedencia y á una multitud de vagabundos y gente de mal vivir que están asolando toda la comarca y hasta en guerra continua con la fuerza pública. Bajo el reinado de Kia-King, á principios de este siglo, el gobernador de Kiang-si recibió la orden de penetrar en dicho recinto y restablecer en él la soberanía y el respeto á la autoridad imperial. Púsose en marcha con fuerzas considerables y gran número de empleados civiles y militares; llegó á uno de los pasos, estableció allí su campamento, ordenó á sus subordinados penetrar en la hondonada para apoderarse de los bandidos que en ella se hallaban refugiados. Esta empresa no dió resultado, pues amedrentado el cuerpo expedicionario por la actitud enérgica de los que iban á combatir, ó por las dificultades que le oponia la naturaleza del terreno, ó por otra razon, regresó en seguida á Kiang-si sin haber conseguido absolutamente nada. Los oficiales de los cuerpos aseguraron al gobernador que aquel era un país deshabitado, lleno de animales feroces y de serpientes de la peor especie, y que los hombres no era posible que vivieran en él. El gobernador envió entonces á Pekín una memoria, aconsejando que se mandara aislar este

distrito, que se cerraran entradas y salidas, prohibiendo que se cortara leña ni aún en las vertientes opuestas de las montañas, y estableciendo un puesto militar en cada uno de los tres únicos pasos que conducian á la susodicha hondonada, para aislarla completa y absolutamente de las comarcas vecinas. Este singular consejo fué seguido al pié de la letra; por manera que desde dicha época un vasto distrito, situado en el centro mismo del Imperio, se halla completamente deshabitado, sin empleados que administren justicia ni cobren los impuestos, ni nada. Todo él está abandonado á los animales semifabulosos descritos en la memoria del gobernador del Kiang-si.

No era difícil prever las consecuencias de tan absurda medida. Las montañas de los nueve dragones, parte de cuyo territorio es sumamente fértil, continúan sirviendo de refugio á infinidad de rebeldes, bandidos y criminales de toda clase que hallan muy cómodo vivir fuera del alcance de la autoridad de los mandarines y de los agentes del fisco. Allí se forjaron los planes de una conspiracion que ha sembrado el espanto en todas las provincias del Imperio; de allí partieron los emisarios del Pe-lien-kiao para poner en accion los sortilegios y recursos mágicos cuyos tristes efectos van referidos (1). Sin embargo, la fortuna, por esta vez, no favoreció su causa, y el estandarte de Hong no pudo flotar sobre los muros de la más insignificante ciudad. El Pe-lien-kiao sólo ha cosechado humillaciones, y los mandarines lo han denunciado de nuevo como una secta perversa enemiga de la paz y digna sólo del odio del pueblo chino.

## V.

Dijimos al principio que la agitacion producida en la provincia de Nan king debia ser funesta á la religion católica. En efecto, hace más de dos siglos que nuestros enemigos de aquel país se obstinan en confundir á los cristianos con los miembros de la secta del Pe-lien-kiao; de manera que cuando la espada de los mandarines se dispone á herir á dicha sociedad secreta, no están léjos los dias de prueba para los adoradores del verdadero Dios.

En 1622, bajo el reinado de Tien-Ki ó Hi-tsong, penúltimo emperador de la dinastía de los Ming, el Pe-lien-kiao estaba ya organizado en casi todas las ciudades del Imperio, extendiéndose sus ramificaciones hasta por los pueblos y lugares.

Su-hong-ju, uno de sus jefes más temidos, levantó en Chan-tong el estandarte de la rebelion, apoderándose de

(1) El *Sem-pao*, correspondiente al 21 de Agosto de 1876. — El *North China Daily News*, número del 29 de Agosto de 1876. — La cortadura de *colas* no tenia por único objeto sembrar el terror entre el pueblo y provocar turbulencias de las cuales podrian aprovecharse los miembros del Pé-lien-kiao para organizar más fácilmente la revolucion política que proyectan y derribar la dinastía actual. Segun las creencias supersticiosas recibidas en la secta, los soldados, para ser invencibles en el combate, debian contar con almas protectoras que les librasen de las heridas mortales. Los iniciados en las prácticas de la magia preparaban una *leva* de almas que oportunamente habian de poner á disposicion del ejército revolucionario. El medio principal que usaban para este reclutamiento era la cortadura de *colas*, que debia causar la muerte á los tres dias. Espirado este término, el jefe del Pé-lien-kiao se apropiaba las almas de los difuntos para ponerlas á disposicion de sus soldados. Un pasquin fijado en el Fo-kien, reproducido por el *Foo-chow Herald*, hace mencion de este singular procedimiento. Véase el *Shanghai Courier and China Gazette*, correspondiente al 11 de Noviembre de 1876.

(1) El *Sem-Pao* correspondiente al 8 de Setiembre de 1876.



algunas ciudades; pero entregado por traicion á Tchao-gen, virey de la provincia, fué decapitado en Teng-kien. El Gobierno de Pekin, asustado por la efervescencia que se manifestaba en muchas provincias del Imperio, ordenó á los mandarines que hicieran minuciosas y activas pesquisas para descubrir los miembros del Pe-lien-kiao y les aplicaron castigos dignos de sus crímenes. Los enemigos de la religion cristiana acogieron con grande alegría las órdenes del Emperador; pues sabiendo que los cristianos se reunian para orar, acusáronles de afiliados á una sociedad secreta y los confundieron con los partidarios de la insurreccion.

Kio-tching era entonces primer ministro del emperador Tien-ki. Hizo publicar en todas las provincias un manifiesto contra las sociedades secretas, dando cuenta de los fines revolucionarios de las mismas y de los medios á que acudian para echar por tierra la autoridad imperial y oprimir al pueblo, y señalando particularmente al odio de todos los hombres la sociedad del Nenúfar blanco y del Señor del Cielo. Este manifiesto fué la señal de la persecucion. Todas las Misiones fueron invadidas por los emisarios de los tribunales, las iglesias saqueadas, los cristianos cargados de cadenas y sepultados en las cárceles. Se les llenó de ultrajes y malos tratamientos para obligarles á confesar crímenes imaginarios y á declarar que pertenecian á la sociedad del Nenúfar blanco y que eran partidarios de la revolucion.

En 1766, reinando Kien-long, el Pe-lien-kiao sublevó la provincia de Chen-si. El resultado fué 1,500 miembros de dicha sociedad pasados á cuchillo por las tropas del virey Ku-king, y 500 prisioneros que fueron juzgados con todo el rigor de las leyes. A muy poca distancia del campo de batalla habia una casa en que se hallaban reunidos algunos cristianos para oír misa por ser el día de Navidad. Mientras recitaban las oraciones propias del sublime acto fueron cogidos por una partida de satélites y llevados á Sin-ngan-ju, en donde se les hizo sufrir interminables interrogatorios. Los mandarines reconocieron que las plegarias de los adoradores del Señor del Cielo no se parecian á las de las sectas rebeldes, y que los cristianos no llevaban otro fin que buscar la verdadera felicidad, procurándosela por medio de buenas obras. Sin embargo, en una comunicacion dirigida al emperador Kien-long presentaban á la religion cristiana como un sendero tortuoso y extraviado, y pedian el castigo de los que la profesaban. Todos aquellos fieles fueron cruelmente apaleados y condenados á cuantiosas multas. Kien-long les indultó de las penas de destierro y cárcel perpétua que además le habian impuesto sus jueces.

El año siguiente promovió nuevamente el Pe-lien-kiao algunas turbulencias en el Imperio, con cuyo motivo los cristianos del Su-tchuen se vieron expuestos á las vejaciones de los mandarines. El Rdo. Gleyo, de la Congregacion de las Misiones extranjeras, despues de haber sufrido horribles suplicios se vió obligado á abandonar la China para ir á predicar el Evangelio á los pueblos de la Birmania.

Bajo el reinado de Kia-king el Pe-lien-kiao puso en pié de guerra un gran ejército, apoderándose de muchas ciudades importantes: creció tanto su poder que la Corte de Pekin empezó á temer por la suerte del Imperio. Kia-king detestaba á los cristianos, y fingiendo que los con-

fundia con los revolucinarios que se levantaban contra él, en 1811 publicó contra ellos un edicto por el cual condenaba á la esclavitud y al destierro en la comarca atravesada por el rio Amur á los que rehusaran apostatar de su religion; y siendo tártaros les imponia además la pena de degradacion del servicio militar á ellos y á todos sus descendientes. Para los misioneros europeos y para los que les ayudaran en la propagacion del Evangelio, reservaba el suplicio de la extrangulacion ó la prision perpétua. A consecuencia de este edicto de persecucion fué decapitado el 14 de Setiembre de 1815 el Ilmo. Dufrese, obispo de Tabraca, vicario apostólico del Su-tchuen.

En 1850 Hong-mi-tsuen organizó la grande insurreccion que se extendió por el Kuang-si y otras muchas provincias del Imperio. Durante el verano de 1847 habia dicho jefe tenido frecuentes relaciones en Canton con el ministro protestante Roberts, misionero americano de la *Baptist-Church*, quien le enseñó las principales verdades del Cristianismo. Elegido jefe de los Kuang-si-jeu, queriendo sacar provecho de estas ideas religiosas, proclamóse enviado del Cielo, ordenó á los suyos que honraran al gran Padre celestial y á Jesús, mostraba el mayor desprecio por la idolatría nacional, llamó á Pekin «La sede del pecado,» y declaró la guerra al emperador Hien-fong y á su diabólica dinastía. Estas ideas mezcladas con los principios revolucionarios aumentaron más y más las sospechas que inspiraban á los mandarines los cristianos chinos. El virey de Ho-nan fué el primero que dió el grito de alarma anunciando en una circular que tres altos jefes del Pe-lien-kiao iban á parecer en el Petché-ly, Su-tchuen y Ho-nan. El Ilmo. Baldus, vicario apostólico de esta última provincia, fué denunciado como uno de dichos jefes, cuya residencia (la de Baldus) se dió orden de averiguar á algunos emisarios, y todas las casas de cristianos del Ho nan menos una fueron completamente destruidas.

En On-cheang-fu, capital del Hon-kuang, corrió el rumor entre los mandarines que el Ilmo. Bizzolatti era otro de los jefes de la insurreccion, cuyo plan era librar á los cristianos del yugo de la opresion en que los tenia la dinastía actual; y á consecuencia de este absurdo, si los Kuang-si-jeu no hubiesen logrado apoderarse de la ciudad, muy mal lo hubieran pasado los cristianos.

La última vez que el Pe-lien-kiao procuró levantar la cabeza, los mandarines, llevados por su odio tradicional contra el Cristianismo, siguieron empeñados en relacionar la religion del Señor del Cielo, como ellos dicen, con la secta del Pe-lien-kiao. El pueblo pagano aterrizado por la cortadura de colas, los hombres de papel, los diablos opresores y el peligro de muerte que les amenazaba sin cesar, denunció á los cristianos como autores de todos estos sortilegios. Su cólera se cebó con preferencia en los pescadores. Estos ponian en sus barcas ramos benditos, adornados segun las costumbres de la Mision con figuras de ángeles de papel recortado, é imágenes de la santa Virgen y de Nuestro Señor Jesucristo. A los ojos de los paganos estos objetos eran otros tantos genios ó demonios dotados de virtudes mágicas y ciegameamente obedientes al odio caprichoso de los cristianos que por diversion y entretenimiento los lanzaban al aire para dañar al pueblo.



El día 26 de Agosto de 1876 algunos campesinos detuvieron cuatro barcas de pescadores cristianos á poca distancia de Le-kia-tseu, en la provincia ó vireinato de Yu-tcheu, por sospechas de que en ellas se guardaban ocultos hombres de papel. Hombres, mujeres y niños, todo bicho viviente que iba en ellas, fueron maniatados y conducidos á la poblacion en sus mismas barcas, que fueron minuciosamente registradas. Los objetos piadosos, entre los cuales figuraban dos ángeles de papel recortado, excitaron la cólera de los paganos y fueron causa de la desgracia de sus propietarios. Conducidos los prisioneros á Yu-tcheu, se les sometió á una especie de juicio en que jugaron las torturas de todo género el papel más importante. El misionero residente en dicha ciudad hizo inútiles esfuerzos para convencer á los jueces de la ridiculez é injusticia de la acusacion; y de ninguna manera fué posible obtener su libertad, y por tanto el 11 de Setiembre tres de ellos fueron decapitados como culpables de haber soltado hombres de papel.

Cinco meses más tarde, el 25 de Febrero de 1877, *La Gaceta de Pekin* publicó un artículo en que U-yuen-ping, gobernador general del Kiang-su, pretendía demostrar la justicia y legalidad de esta sentencia.

El drama comenzado el 26 de Agosto reveló á los desgraciados católicos los serios peligros á que continuamente se hallaban expuestos. Por consiguiente el 30 del mismo mes, 70 ú 80 familias cristianas de Kuy-tcheu, de Yaug-ka-kiao y de Kuen-sé, emigraron á Zi-ka-wei, buscando un refugio contra la persecucion. Este primer movimiento de emigracion fué creciendo hasta alcanzar la cifra de 268 barcas, que se refugiaron parte (128) en Zi-ka-wei, y las restantes (140) en Chang-hai.

Pero los pescadores de U-si se hallaban en una situa-

cion todavía más critica. Trescientas barcas se hallaban estacionadas frente al templo de Se-li-kiao, porque temiendo la furia de los paganos no se atrevían á diseminarse ni aun para echar las redes. Esta huelga forzosa naturalmente trajo la miseria: pronto carecieron aquellos desgraciados hasta de lo más indispensable para la vida. Los misioneros y algunos caritativos cristianos, sin cuidarse de su propia seguridad, acudieron á socorrerles. Esto duró cosa de seis semanas. Por fin, despues de muchas conferencias con los mandarines, las barcas provistas de pasaportes pudieron volver á dedicarse á su acostumbrada industria.

En las ciudades y hasta en los pueblos y aldeas no

habia casa habitada cuyas paredes no estuvieran llenas de grandes cruces trazadas con cal: por una contradiccion inexplicable, los paganos usaban este emblema sagrado para precaverse contra los pretendidos sortilegios de los cristianos. De manera que atribuian á la religion del Señor del Cielo un poder de proteccion y amparo contra sus propios maleficios.

No solamente los pescadores

se hallaban expuestos al odio del paganismo. Todos los cristianos de cualquier clase y condicion eran tambien el blanco de todo género de injurias, que seria muy largo referir. Basta decir que en 31 de Enero de 1877 fué decapitado uno de ellos en Nankin por cortador de colas.

Por fin, poco á poco se restableció la calma. Las colas se mantenían firmes en las cabezas de los chinos, los hombres de papel desaparecieron completamente, á nadie molestaban los diablos opresores. Entonces los misioneros pudieron proseguir pacíficamente las tareas de su sagrado ministerio.



Jesús en el lago de Genesaret. (Pág. 331).

